

LA FORTALEZA NEGRA

CLARK CARRADOS

La fortaleza negra

Clark Carrados

Espacio, el Mundo Futuro/119

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando las enormes baterías de los reflectores se encendieron, disipando la oscuridad que rodeaba aquel lugar del planeta, varios centenares de rostros se volvieron de modo Instintivo hacia el lugar donde las tinieblas habían sido rotas.

La distancia era excesiva para ver siquiera las rojas llamaradas de los chorros de freno de la astronave, pero todos los condenados supieron al momento que una nueva expedición de convictos acababa de llegar a aquel sombrío mundo, perdido en los negros límites del Sistema Solar.

Sobre el blando suelo de caucho que imitaba a las rocas, Byron Griever, falsario, ladrón, chantajista y asesino número 49.035 condenado de por vida a la Fortaleza Negra lanzó un escupitajo de desprecio.

Una partida más de imbéciles — masculló por todo comentario.

—Como tú le respondió, con el rostro pegado a la elástica pared transparente, Howard Santos, Falsificador de billetes de Banco, número GG173, con quince años de presidio todavía por delante.

A cualquier otro que le hubiera dicho aquellas palabras, Griever le hubiera roto el cuello con sus poderosas manazas como si hubiera sido el de un frágil pollito, pero Santos y él habían intimado notablemente durante el tiempo que llevaban allí, en aquel presidio sideral, y lo único que le hicieron aquellas palabras fue arrancarle una pálida carcajada de rabia.

—Como yo, Howard, dices muy bien. Y como todos los que estamos aquí.

—Algún día nos largaremos de esta maldita fortaleza, y entonces…

—¿Largarnos? ¡No seas iluso, Howard! No hay manera de salir de aquí.

—Eso es lo que tú crees, Byron, pero yo estoy seguro...

—¡Idiota! ¿Es que todavía no te has convencido de que no hay nada que hacer en ese sentido?

—Yo tengo un plan...

—¡Yo tengo un plan, yo tengo un plan! Mucho dijeron esas mismas palabras, ¿y qué ocurrió, Howard? "

El aludido rezongó unas palabrotas.

—Ya sé que me vas a venir con el cuento que suprimen el campo antigravitatorio o te dejan a oscuras, Byron, Pero ese medio existe; yo te aseguro. Y es más, un día...

En tanto los dos convictos soñaban despiertos, buscando una hipotética fuga de aquella terrible penitenciaria sideral, los hombres que habían llegado en la astronave, apeados de ella, se enfrentaban con media docena de individuos enfundados en unos llamativos trajes de color naranja, con negras hombreras, y que eran portadores de unas enormes pistolas cuyas amenazadoras bocas enfilaban directamente los cuerpos de los recién llegados a Plutón.

Un oficial astronáutico, con una carpeta en la mano, se aproximo a uno de los guardianes, en cuyas hombreras se veía una estrecha tira amarilla. Le entrego los papeles, y tras quedarse con uno firmado por el guardián, volvió a su nave.

El jefe de los guardias repaso rápidamente la documentación con una ojeada fruto de la larga práctica. Contó en silencio, aunque moviendo los labios, a los condenados que permanecían ante el, rígidos, inmóviles, sin hablar, y luego rugió una orden:

Los condenados, evidentemente, habían sido aleccionados, porque, sin que nadie se dijera, se colocaron en dos filas, flanqueados por los guardianes arma al puño, y echaron a andar bajo el túnel de transparente plástico que les aislaba de las horribles temperaturas externas.

A medida que recorrían el camino, los ojos de los convictos escrutaban ávidamente lo poco que podía verse de aquél desolado mundo a la luz de los reflectores que habían servido para el aterrizaje y ahora eran

utilizados para la descarga de la astronave. Ingentes cimas, agudísimas como puñales, quebradas como vidrios rotos, llamaradas de negra piedra solidificada por el frío, superficies cubiertas de la blanca capa formada por los gases helados, hondísimos barrancos abiertos por espantosas Convulsiones geológicas, tal era el panorama, que mas que verse, podía atisbarse mas allá del campo de luz de los focos que disipaban solo parcialmente la eterna noche en que estaba sumido el último de los planetas del sistema. El suelo que pisaban, por el contrario, era relativamente blando, no tanto como para que los pies so hundieran en el hasta el tobillo al caminar, pero si lo suficiente para hacer bastante desagradable la marcha, en caso de que esta hubiera de prolongarse demasiado.

Afortunadamente, el término de su carrera no estaba muy lejos. Casi de modo brusco surgió ante los ojos de los convictos, esfumado en la penumbra formula por los últimos rayos de luz de los reflectores y la noche plutoniana, el siniestro cuerpo de la fortaleza.

Era un conjunto de sólidos edificios de líneas duras, rectas, sin el menor detalle arquitectónica, gigantescos bloques cúbicos de piedra que daban una enorme sensación de fuerza y poderío con su grisáceo colorido, con algunos cuadros blanco amarillentos que indicaban las ventanas de las habitaciones iluminadas, en las cuales alguien se ocupaba en indeterminados trabajos. La columna de hombres se detuvo.

Un trozo de muro se descorrió de pronto, dejando ver un vestíbulo ampliamente iluminado. Guardias y presos se introdujeron en aquel cubículo, y al instante, cerrada la puerta, el suelo comenzó a remontarse

Instantes mis tarde, el elevador se detenía ante otra puerta que se abrió del mismo modo que la anterior. Antes, sin embargo, de salir del ascensor el Jefe de los guardias hizo una advertencia a los condenados:

—El alcalde va a recibirles. Guarden silencio y compostura, y no hablen si *no* les dirige la palabra.

Continuaron su camino a lo largo de un desnudo corredor, en el cual, a simple vista, no se advertían ni puertas ni ventana. Doblaron después un angulo y al final se detuvieron ante una puerta rematada en semicircunferencia.

El jefe de los custodios se detuvo y oprimió un botón situado a la

derecha del marco. Un segundo mas tarde la puerta se deslizo en silencio sobre unos engrasados cojinetes.

Pasen! —dijo secamente el guardia.

Los condenados avanzaron hacia una espaciosa habitación, uno de cuyos lados era enteramente de vidrio, como una colosal ventana. La estancia tenía solo los muebles indispensables, hechos sin lujosas estridencias, adaptados al fin que habían de cumplir. Había una gran mesa de plástico metalizado, un par de sillones Que se sostenían de modo inverosímil sobra cuatro delgadísimas patas, un gran diván, una o dos sillas, una mesita auxiliar y un enorme fichero adosado a uno de los muros. Y junto a la ventana estaba el alcalde.

Siete pares de ojos, pertenecientes a siete convictos, parpadearon al unísono al ver al alcaide de la Fortaleza Negra. Tenían razón para asombrarse, pues era una mujer.

El anaranjado uniforme que cubría las finas líneas de su cuerpo parecía una llama viva que contrastaba grandemente con los largos y negros cabellos de la mujer y el pálido tono de su tez, que en modo alguno indicaba debilidad o anemia. Los rojos labios formaban urna, delgada línea, muy prieta, y las oscuras pupilas del alcaide examinaron con indiferencia los rostros de los presos que se habían situado, empujados por los guardianes, en un abierto semicírculo, ante su mesa.

Lois Tootles, alcaide de la penitenciaría sideral,

Mas comúnmente conocida por el nombre de Fortaleza Negra, caminó suavemente hasta llegar detrás de su mesa. Una vez allí, quedo de pie, con los brazos cruzados cogiéndose los codos con ambas manos.

Hubo un instante de absoluto silencio; después, Lois dijo:

—Fuller, informe.

—Al instante alcaide —contesto el jefe de los guardias. Abrió la carpeta que le entregaron junto con los condenados y llamo—: i*Ramón* Castillo!

El interpelado, hombre de buena estatura, moreno, con ojos vivos e inteligentes, dio un paso hacia adelante.

—Condenado a cadena perpetua por ladrón y asesino — dijo Fuller,

los ojos del español no parpadearon siquiera. Lois lo miro un segundo y luego hizo un gesto.

—iNkrumah Nkrumah! —dijo Fuller.

Un colosal negro de tez oscura como la noche del espacio, dio un paso hacia adelante.

Salteador de astronaves, cadena perpetua — detalló el jefe de la guardia.

Los blanquísimos dientes de Nkrumah Nkrumah destellaron cuando su dueño dejo escapar una ancha sonrisa.

—Acepto lo de la cadena. Perpetua... eso es ya otro cantar.

—¡*Cállese*! — rugió Fuller. Déjelo — intervino el alcaide—. Ya se convencerá de que sus palabras son una completa necedad. El siguiente.

Fuller lanzo una aviesa mirada hacia el negro. Luego mascullo:

—Ed Mackera, piloto astronáutico, condenado a quince años por negligencia criminal.

Un hombre de pelo tan rubio que casi parecía albino, con *glaucas* pupilas miró desvergonzadamente el cuerpo de Lois, sonrió con las comisuras de los labios, pero no dijo nada.

— L'lan, ladrón incorregible. Veinte años — sentenció Fuller.

Un tipo de piel verdosa y rojas pupilas, con cejas en pico, dio un paso hacia adelante. Lois frunció el ceño.

—¿De donde es usted?

—Noveno planeta, cuarto sistema, constatación Alfa Centauro.

Lois asintió.

— Entonces no me extraña que este aquí. ¡Otro, Fuller!

—Si, alcaide. ¡Nino Salviati!

El mencionado era un individuo pequeño, de tez olivácea y ojos negros cuyos destellos estaban ocultos casi siempre por sus caídos párpados. No hizo el menor movimiento cuando Fuller anunció que la

pena que le correspondía por haber desertado del crucero de la patrulla sideral a la cual pertenecía era de doce años.

—¡Mahoma Sbarley! —llamó ahora Fuller.

El nombrado se adelantó. Alto, delgado, su rostro poesía indudables caracteres árabes, notablemente contrarrestados por el pelo rubio y los ojos azules que hacían destacar su personalidad.

—Veinte años por divulgar secretos que no le pertenecían — anunció el Jefe de los guardias.

—¿Que clase de secretos? — inquirió Lois.

—Pues... — empezó a leer Fuller el cartón que sostenía los hechos de Sbarley.

—¡Que conteste el Interesado! — dijo el alcaide, mirándolo fijamente. Sbarley sonrió.

—Unos secretos que el Gobierno del Sistema creyó poder guardar con el mísero sueldo que me pagaba — dijo.

—¿Y quien fue el que le «aumentó» la asignación, Sbarley?

—Pregúntenselo usted es el, alcaide.

El rostro de Lois se tiñó levemente de carmín, pero era una mujer acostumbrada a dominarse y se la pasó pronto. Haciendo un gesto con la mano, miró luego al último de la fila.

Este era un hombre alto, de cabellos castaños y ojos oscuros, que si ahora parecían humildes, podan despedir chispazos de fiero orgullo en cualquier momento. Aparentemente, poseía una complexión ordinaria, pero un atento observador hubiera captado, bajo las burdas ropas Que en aquellos momentos vestía, unos músculos de acero sostenidos por una energía férrea e indomable a toda prueba.

—Rubén Langdorff! —anunció Fuller.

El interpelado se colocó al lado de Sbarley.

—Cadena perpetua por asesinato.

¡Asesinato! —repitió Lois, incrédula. Era mujer ducha y tenia experiencia, pero le pareció imposible que el hombre que tenía ante si hubiera cometido un crimen—. —¿A quien mató? — preguntó.

—A mi mujer — contesto secamente Langdorff.

—¿Por qué?

—Figúreselo— dijo el condenado, y Lois se mordió los labios.

Una mentalidad propia del medievo, Langdorff.

—Mientras al hombre sea hombre hay ciertos casos en que piensa lo mismo que su antepasado que pintaba osos y toros en las cavernas.

—¿Quiere decir eso que consideraba a su esposa como de su propiedad?

—Lo mismo que yo era suyo —declare Langdorff sin pestañear.

Lois se dijo que le estaba muy bien aquella pequeña lección y decidió cortar el interrogatorio. T*enía*, los brazos cruzados y los separó, apoyando las yemas de los dedos sobre la pulida superficie de la mesa.

—Escúchenme todos con atención— empezó a decir—. Están aquí, en la Fortaleza Negra, por sus propias culpas, no por las nuestras. Nosotros somos únicamente sus custodios y no la causa de que estén aquí, para cumplir Unas condenas más o menos largas.

»El hombre que ha cometido un crimen y es condenado, al cabo de un corto espacio de tempo tiene una mentalidad muy distinta, casi opuesta, a la que poseía antes de cometer su delito. No piensa en éste, no piensa en el policía que lo detuvo, ni en el fiscal que lo acusó, ni en el juez que lo condenó. Sólo piensa en el representante de la autoridad que tiene mas cerca, aquel con el que se relaciona a diario, aquel que va a su lado a cada momento; y llega uno en que el convicto acaba pensando que su custodio es el que tiene la culpa de todo lo que le ocurre y concentra todo su odio en él.

»Eso es incierto e injusto. La culpa de todo lo que les sucede la tienen, única y exclusivamente, ustedes. Nosotros estamos aquí para cumplir y hacer cumplir la ley, nada mis. Si se portan de acuerdo con el reglamento no les ocurrirá nada malo; antes al contrario, pueden beneficiarse con rediciones de pena que pueden acortar considerablemente la que tienen. En caso opuesto, tenemos medios de sobra para reducirlos a la obediencia, ¿me han entendido?

Ninguno de los convictos dijo la menor palabra. Lois continuó:

—Hay muchas leyendas acerca de la Fortaleza Negra. Salvo que, por

término medio, está a seis mil millones de kilómetros de la Tierra, todas las demás son inexactas. No se maltrata a nadie, no se oprime a nadie, todos son tratados por un igual, sin preferencias ni postergaciones. El condenado que se porta bien se beneficia de su conducta. Quien se porta mal, el mismo se perjudica

»Cuando estemos seguros de lo que son, fíjense bien lo que digo, lo que «son» ahora, no lo que han sido, podrán pasar a trabajar en las extracciones de mineral. Mientras tanto, habrán de pasar por un periodo de adaptación y observación, cuya longitud depende de ustedes mismos. Saldrán fuera, a las celdas abiertas, y permanecerán en ellas un tempo variable, tanto para que se den cuenta de lo que puede pasarles si se portan mal, como para que sepan que su estancia aquí puede mejorar considerablemente... Gracias a su propio esfuerzo.

Lois guardó unos instantes de silencio y luego dijo:

—Voy a mostrarles ahora uno de los medios más eficaces que poseemos para reducir a los rebeldes a la obediencia... sin tocarles al pelo de la ropa.

Si alcalde hizo un gesto con la mano, y los guardias retrocedieron unos pasos, dejando a los convictos solos frente a la mesa. El índice de Lois oprimió un botón.

Un terrible peso pareció caer al instante sobre los condenados, como si a coda uno de ellos se les hubiera subido una persona encima de sus propios hombros. Salviati no lo pudo resistir y se dejó caer de rodillas, sofocado, respirando afanosamente. El negro vaciló un segundo. Y al siguiente se enderezó, tensando todos los músculos de su cuerpo, en tanto que la epidermis se le barnizaba con el sudor.

Sin dejar de apoyar el dedo sobre el botón, Lois dijo:

—Están ustedes sometidos a la acción do dos gravedades. Cada uno de ustedes. Por tanto, pesa exactamente el doble de lo que pesaría en la Tierra. Ahora bien, tengan en cuenta que la gravedad de Plutón es cuatro veces y media *más* que en la Tierra; y que puedo desconectar de golpe todo el campo antigravitatorio de todos, absolutamente todos, los lugares en que se halle un solo convicto; arrojándole encima un peso cuatro voces y media superior al suyo. Y no crean que la experiencia tiene nada de agradable. A los m*ás* débiles, los huesos de las piernas les saltan como si fueran palillos de dientes... por lo menos.

Lois devolvió al suelo la gravedad normal, y al instante los condenados respiraron aliviados.

—Están advertidos, pues. Ya no he de añadirles nada más, excepto que el resto es cuenta de ustedes. Llévenselos, Fuller.

—A la orden, alcaide. ¡Vamos, síganme,

Los condenados echaron a andar, siguiendo al jefe de los guardias y

Siempre flanqueados pos sus auxiliares. Volvieron al elevador, que ahora invirtió su movimiento, y pasaron luego a un espacioso cuarto, en donde otro hombre vestido de color naranja empezó a repartirles sus ropas.

Rubén Langdorff tomó ni mono de tejido esponjoso y color amarillo en cuya pechera había un número grabado: el 143.072, y en silencio, sin cambiar una sola palabra con ninguno de sus campaneros, los cuales parloteaban como micos, comentando la nueva situación, fue a un rincón, empezando a cambiarse de ropas.

Antes de ajustárselo del todo, un guardia llego con un aparatito en las manos. Descorrió el cierre relámpago que ya estaba subido a medias y echo la tela a un lado, pegando luego un seco golpe en el pecho del joven.

Langdorff sintió al instante en la región afectada Un millar de *vivísimos* pinchazos. Pero el efecto pasó enseguida, y cuando el guardia hubo retirado la mano, vio el número grabado indeleblemente en la piel en negros y amplios caracteres. Apretó los dientes con rabia, pero no dijo nada. Era un convicto, un hombre infamado para siempre, un desecho y una escoria de la sociedad y había de someterse a los ásperos e implacables dictados de ésta. Diez minutos después la puerta del vestuario abrió y los condenados fueron arrojados a la noche eterna de Plutón. La puerta volvió a cerrarse a sus espaldas, cortando el cuadrado de luz de un golpe, y entonces Langdorff creyó haber cegado por completo.

CAPÍTULO II

En realidad no era una noche eterna, sin otra luz que la de las estrellas. Rubén la comparó a una noche terrestre, en la cual la luna hubiera comenzado dos días antes su creciente, y la escasísima iluminación que sobre el suelo se proyectaba se debía a una luminaria muy alelada, una estrella mucho mayor que todas las que brillaban sobre su cabeza, y en la cual el joven reconoció el Sol, a seis mil millones de kilómetros de distancia de donde ellos se hallaban.

Pero, acostumbradas sus pupilas a la luz del Interior de la fortaleza, de momento no pudo ver nada. Solamente oyó un continuo zumbido, procedente de centenares de gargantas cuyo, dueños hacían comentarios entre *sí*, todos a la vez y todos refiriéndose a la nueva expedición de convictos que acababa de llegar en la astronave.

Dio unos pasos, vacilante, con las manos entendidas como un ciego, notando también la blandura del suelo, cuyo objeto, de momento, no supo comprender. La temperatura era excelente y hubiera podido estar muy bien sin el amarillento mono que le habían dado, el cual, con sus sandalias que se ajustaban por si solas a sus pies, sin necesidad de correas ni hebillas, constituía su única vestimenta.

Su Mano izquierda tocó de pronto un cuerpo humano. Se enderezó y murmuro:

—Dispénseme, amigo, pero no veía bien…

Una brutal carcajada sonó casi en sus oídos.

—Novato ¿eh?, Pronto te acostumbrarás a esta clase de vida y verás tan bien como nosotros. ¿Cómo te llamas, compañero?

Rubén dio su nombre.

Rubén Langdorff.

—Yo me llamo Byron Griever. ¿Por que estas aquí? ¿A cuánto te condenaron?

—Asesinato. Cadena perpetúa.

Mal asunto, Langdorff, mal asunto. Los dos estamos igual.

Los ojos del Joven se iban acostumbrando a las tinieblas y ya divisaban, aunque muy confusamente, las facciones de su interlocutor, cuyo inmenso corpachón parecía iba a reventar en cualquier momento el mono que llevaba puesto.

—¿A quien mataste, Langdorff?

Eso es cuenta mía, Griever —dijo el joven secamente.

— Me parece, amiguito — dijo el aludido torvamente —, que no eres muy amable con tus compañeros de reclusión. ¿No sabes que si querernos podemos hacerte la vida imposible?

—Sé defenderme —contestó Langdorff secamente y al Instante una pesada zarpa se apoyó pesadamente sobre su hombro.

—Escúchame, Langdorff; aquí no sirven pera nada las actitudes heroicas, ¿me comprendes? Puedo destrozarte non una sola mano y...

Griever se interrumpió bruscamente. Una gigantesca sombra, teñida de amarillo, acababa de aparecer de repente ante él.

El convicto habla creído ser hombre fuerte, pero la poderosa mano de Nkrumah aparto la suya del hombro de Rubén como si se hubiera tratado de la de un niño.

—No molestes a mi amigo, tú — dijo el negro tranquilamente — No lo vuelvas a molestar o te romperé el cuello.

Griever retrocedió. Era fuerte, pero aún era más astuto y sabía cuando convenía efectuar una retirada a tiempo. Levantó el labio superior en una torcida sonrisa.

—Era sólo una broma, ¿sabes? ¡Diablos, negro. vaya Una piel!

—¡Largo, imbécil! — susurró Nkrumah.

Y Griever sin más, se esfumó en la masa de monos amarillos Que había a poca distancia.

Rubén miró al negro.

Gracias Nkrumah, pero no era necesario.

—No es la primera vez que estoy preso, Langdorff, y sé que en todos estos sitios hay siempre un tipo que pretende hacerse el matón y el amo de cuantos están cumpliendo condena, Yo quise hacerle ver que había alguien al cual no podía imponerse; eso es todo.

—Gracias de nuevo, pues, Nkrumah —replico Langdorff, y en aquel mismo Instante un nuevo individuo se les aproximó.

—¿Cómo estáis, amigos? — saludó Howard Santos, dando su nombre —.¿Para mucho tiempo?

Rubén y Nkrumah dijeron sus respectivas condenas.

L’lan, Sbarley, Castillo y Mackera se aproximaron al grupo, en tanto que Salviati, habiendo encontrado a un compatriota, se quedaba un poco más alejado.

La conversación se trabó casi de inmediato sobre el tema que les interesaba a todos: el lugar en que se hallaban. Y, por su parte, Santos, experto en la materia a causa del tiempo que ya llevaba allí, les dio cumplidas explicaciones de todo.

—El suelo es blando porque es nuestro lecho. Aquí no hay camas, ni literas, ni cosa que se le parezca. Cuando suena el «gong» después de la cena, cada uno se tumba en el sitio que más le acomoda y a dormir hasta el golpe de «gong» siguiente.

—¿Estamos en una cámara estanca? — preguntó alguien.

—¡0h, por supuesto! Sobré nuestras cabezas hay una inmensa cúpula de plástico que es la que contiene el aire a una presión atmosférica normal. Venid, seguidme.

Santos echo a andar, pero no caminó mucho. Algo invisible le cerró el paso y entonces el convicto dijo:

—Tocad, amigos, y convenceos por vosotros mismos.

Rubén hizo lo que le decían, hallando el plástico de la esfera suave y flexible al tacto, cediendo a la menor presión de sus dedos.

Es fácil romperlo— observó.

Santos exhalo una gran carcajada.

—Todos creen lo mismo. No, amigo Langdorff, no; parece que puede romperse con un simple cortaplumas, pero, en realidad, se necesitaría algo tan potente, por lo menos, como un obús de veinte centímetros. ¿No crees Que si no algún desesperado no lo hubiera intentado ya, para no morir de una vez lugar de vivir esta puerca vida?

—Es cierto —murmuró el joven, pensativo, Lanzando una Mirada al lejano Sol, cuyos rayos se reflejaban débilmente en un ventisquero próximo a la fortaleza.

—¿Y no se hace aquí otra cosa que comer Y dormir? — inquirió Castillo.

—Hay muchos que trabajan — repuso Santos —. Pero esos son los de más confianza y no están aquí.

Langdorff se interesó.

—¿Qué es lo que hacen?

—Oh, pues la extracción de los metales preciosos que tanto abundan aquí: el osmio. el platino, el oro , y el tungsteno, cuya enorme abundancia provoca la gran densidad de Plutón, cosa de la cual ya os habrá informado nuestro hermoso alcaide. ¿No os ha soltado la chica su acostumbrado discurso de bienvenida? ¿Noca ha hecho experimentar los electos de una doble gravedad, como tiene por costumbre con todos los recién llegados?

—¡Diablos, si!, — masculló Sbarley —. Y te juro que no me gustaría probar toda la gravedad de Plutón

Santos rió sonoramente.

—Ni a mi tampoco, Sbarley. Algunos lo saben por experiencia y, créeme, no es nada agradable sentirse de repente un peso cuatro veces y media superior al normal, Todo, todo lugar donde hay un convicto está conectado el campo antigravitatorio. Aquí mismo no podríamos intentar nada sin que al momento nos largaran unan dos gravedades mas a modo de advertencia. Y ya podéis figuraros las posibilidades de un hombre que, pesando ochenta kilos, se encuentra de repente con ciento sesenta más sobre sus costillas

Rubén meditó acerca de las palabras del convicto. Realmente, debía ser horrible encontrarse de repente sin la protección del campo Antigravitatorio que dejaba la gravedad de Plutón reducida a la normal de la Tierra. Tal como había dicho Santos, él pesaba unos ochenta kilos, de modo que sí algún día se encontraba en un lugar desprovisto de tal protección pesaría al instante trescientos sesenta kilos. Demasiado, se dijo; sus piernas no lo resistirían tan siquiera e incluso sus órganos internos sufrirían gravísimos daños. Si, era una formidable arma para reducir a unos convictos rebeldes y someterlos de nuevo a la obediencia. Pero todavía ignoraba otras armas que poseían los guardianes, aunque esto, de momento. no le preocupó.

A su lado sonó la voz de Castillo.

—Antes dijiste que se extraían de aquí metales preciosos. Pero no te oí mencionar el uranio, Santos.

— ¿Y para qué lo quieren? — se encogió de hombros el convicto—. Desde que inventaron el convertidor total de masa, el uranio dejó de tener utilidad.

Ahora los motores de las astronaves funcionan con cualquier cosa que les echen, puesto que se aprovecha íntegramente toda la energía convertida en la masa de lo que utilizan como combustible. Lo mismo

les da colocar un saco de carbón en el convertidor que un par de troncos de árbol, que una saca de libros viejos. Todo sirve y todo produce fabulosas cantidades de energía que son las que mueven las naves. Y además, sin los peligros de una contaminación radiactiva, como solía ocurrir en las que utilizaban antiguamente el ahora desechado uranio.

—¿Y qué hacen con los demás metales? —preguntó L'ian.

—Se los llevan. Siempre hay demanda de metales.

Especialmente para aleaciones. Plutón es una mina únicamente su gran distancia de la Tierra impide una intensificación en la extracción de los minerales.

Aparte. Claro está, de la Fortaleza Negra.

—¿El presidio?

Si —masculló Santos—. Lo instalaron aquí antes de que se descubrieran las posibilidades mineras de Plutón, o por mejor decir, ya se sabían, pero no había posibilidad de instalar espaciolíneas con carácter regular con destino al transporte de minerales. Primero, había que montar aquí las instalaciones de extracción y refino y luego... Oh — rió Santos con amargo sarcasmo—, les resultó más sencillo instalar un presidio.

—Pero ahora hay abundancia de astronaves. Además, se viaja a las estrellas...— Arguyó Mackera.

—si, pero para ello tendrían que derruir antes esta maldita fortaleza. Y el Gobierno central no quiere, ¿comprendéis?

—Se obtendrían más beneficios explotando las minas que no nuestras vidas —dijo Rubén.

—¿Y quién les convence de lo contrario a los políticos?

No quieren conceder permisos de prospección y explotación, Aducen que montar instalaciones mineras en Plutón seria tanto romo invitar a la fuga a los convictos. ¡Fugarse! —repitió Santos despectivamente —.Como si alguien pudiera hacerlo.

—Pues yo creo que debe de existir algún medio para ello— dijo Castillo.

—0lvidalo, chico. Nadie Se ha evadido de aquí. Ni nadie se evadirá. Y ese que yo tengo un plan que… Bueno, no he dicho nada, ¿eh?

Dos o tres de los condenados recién llegados se apretujaron ansiosos en torno a Santos, tratando de hacerle mas preguntas, pero antes de que pudieran hablar un metálico tañido sonó claramente por encima de sus cabezas.

—¡Ea, muchachos! —dijo Santos—. Ha llegado la hora de la bazofia. Vamos.

Rubén se dio cuenta de que sus ojos captaban ya mucho mejor las imágenes, y ahora, sin titubeos, siguió al convicto por encima del blando suelo. Antes casi de que pudiera darse cuenta del lugar en que estaba se hallo frente a una sólida pared, perforada a la altura de su pecho por numerosos orificios rectangulares, débilmente iluminados.

Vaciló un momento, hasta que alguien le dio un codazo.

—Eres nuevo, ¿eh? Aprieta ese botón y tendrás tu comida.

Rubén vio un pulsador al lado de la minúscula ventana y lo oprimió. Al instante una pequeña plataforma ascendió y con ella una bandeja que contenía un vaso de cartón lleno de café y una bola de unos diez centímetros de grueso, de color rosado tomo ambas cosas y se echó a un lado, cuando alguien, impaciente, le empujó.

Se quedó inmóvil, con ambas cosas en las manos, observando atentamente la bola de alimento, blanda y tibia al tacto. Unas mandíbulas resonaron ruidosamente junto a él.

—¡Puaf! — dijo una voz—. Lo mismo de hace tres días. Uno de estos me voy a hartar y...

La voz se alejó y entonces se acerco la de Santos.

—¿Qué, no te gusta? Cómelo, hombre: hoy sabe a ternera guisada. Y el café no es malo del todo.

—¿Es esta mi ración de comida?

—Si. Pero no te entretengas mucho con el café en la mano. El cartón se disuelve a los diez minutos y no queda de él ni el menor rastro.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. ¿No te has dado cuenta de las ropas que te vistieron?

Si te entregaran vasos y cubiertos metálicos, o aunque fueran de plástico, podrías sentir la veleidad de fabricarte algún cuchillo o cosa por el estilo. De esta forma no tienes opción ni a hacerte un mal palillo de dientes y así estás siempre tan desarmado como un niño recién nacido.

Come y no te preocupes de más; de todos modos, no te va a servir de nada

Rubén probó la bola de alimento. Encontrándola sabrosa, y así se lo dijo a su compañero. Este masculló unas cuantas palabrotas.

—Ya lo veremos dentro de un par de meses —gruño.

El Joven se dio prisa en comer, terminando justo cuando el vaso del café se convertía en una pasta cada vez más acuosa. Santos le indicó que era el postre y Rubén, tras breve vacilación, acabó también por echársela a la boca, hallándola dulce y agradable de tomar.

Apenas había terminado, sonó de nuevo el «gong».

Santos le dijo entonces:

—En el traje tienes un bolsillo, Langdorff.

El joven se tanteo hasta hallarlo, extrayendo de él un raro objeto. Miro a su compañero y vio que este se había cubierto los ojos con una especie de máscara que le ocultaba totalmente la visión.

.—¿Por que haces eso, Santos? —preguntó, viendo que, además, el convicto se tumbaba en el suelo con las manos tras la nuca.

—Ponte esas gafas. Ahora nos dan quince minutos de rayos ultravioletas. ¿sabes?, y así surte el mismo efecto que si tomaras el sol en una playa. Lo hacen dos veces al día, después de las comidas. No, sl yo siempre he dicho que la Fortaleza Negra es un paraíso...

Rubén imitó al convicto y se tumbó en el suelo. Habiendo satisfecho, de momento, sus necesidades más perentorias, hizo trabajar su mente, recordando sucesos que, estando tan próximos todavía, le parecían habían ocurrido un millón de años antes. El rostro de Helen, su mujer, se le apareció de tal forma que por un instante creyó era realidad y no ilusión. Pero sacudió la cabeza, disgustado, y al instante la imagen desapareció, siendo sustituida por una especie de negro pesimismo al pensar en los largos, interminables años que todavía lo quedaban por delante, ¡Toda una vida para expiar algo que no había tardado en

cometer más que escasos segundos! Un par de movimientos de su dedo índice, el hilo de una existencia cortado… y treinta, cuarenta, sesenta años para expiar aquellos rápidos gestos.

Se revolvió en el suelo, ¿Justa, ¿Injusta la sentencia? Volvió a verse de nuevo ante las doce caras del jurado, hieráticas, impasibles, contemplándole como a un bicho maligno, un miembro infectado e inservible que había que amputar, arrojándolo fuera del cuerpo que contagiaba con su podredumbre.

Un criminal, una escoria, una basura humana, con un *número*, el 143072, para distinguirlo de las demás basuras; eso era él.

Crispó las manos a causa de la rabia que le invadía. En aquellos momentos no podía asegurar si se arrepentía o no de lo que había hecho; lo único que veía era un panorama de años por delante de él, haciendo la misma vida que los demás condenados.

«gong» comida; «gong», rayos ultravioletas; «gong», dormir; «gong», despertar y ducha en la sala de aseo; «gong», comida y rayos ultravioletas…

Seis semanas más tarde era un veterano más de los millares que había bajo la *cúpula*.

Habían constituido una especie de camarilla los que llegaran en el último viaje, a la cual se habían agregado Santos y un par de ellos más, llamados Texas y Eskimo, no porque no se supieran sus nombres, sino porque les habían colocado los apodos de acuerdo con las regiones geográficas de la Tierra en donde habían nacido. Eran diez, en total. y el noventa por ciento de sus conversaciones se habían referido siempre a las posibilidades de intentar una fuga con un pequeño porcentaje de éxito.

Rubén como todos, estaba sentado en el suelo cuando alguien paso por allí, y le pisó la mano. El joven la retiro vivamente, ahogado una exclamación de dolor.

—Podías tener un poco más de cuidado —refunfuño, casi de modo instintivo.

El hombre que le pisara se volvió hacia él, mirándole con ojos cargados de odio.

—¿Qué has dicho gusano?

Rubén medito unos segundos. No le agradaba enzarzarse en una pelea, y menos aún con el gorila de Griever, pero tampoco estaba dispuesto a ser un monigote en sus manos. Repitió su frase, sin ninguna entonación especial, añadiendo:

— Me hiciste daño, ¿sabes?

—Es precisamente lo que quería, maldita cucaracha! —gruñó Griever.

Rubén apretó los labios. Muy bien; si el otro quería pelea, se la daría. Y se dispuso a incorporarse.

Pero en mismo momento, antes de que pudiera prevenir el golpe. el pie de su enemigo le golpeo duramente la mandíbula. Rubén cayó de espaldas, con la cabeza atontada, en tanto que los convictos se separaban rápidamente, dejando a los dos rivales que se las arreglarán como pudieran. Nkrumah habla salido en su auxilio una vez, pero el joven se lo había prohibido para lo sucesivo.

Sin embargo, antes de que pudieran arrojarse el uno sobre el otro. un megáfono con metálicas resonancias ladró:

—¡Números Cuarenta y Nueve Cero Treinta. Y Cinco y Ciento Cuarenta y Tres Cero Setenta y Dos, preséntense inmediatamente en la puerta de acceso a la Fortaleza!

CAPÍTULO III

Lois Tootles, alcalde de la Fortaleza Negra, estaba muy nerviosa.

Tenia razón de sobra para estarlo, porque, aunque hasta ahora los condenados que estaban a su cargo no habían dado muestra alguna, el motín se mascaba, se olía en el ambiente, y de un momento a otro explotaría.

No habla el menor signo de sublevación ni de rebeldía; nadie había dicho una sola palabra; no había habido conversaciones secretas ni misteriosos concifábulos, pero Lois sabia que el motín no podía tardar mucho en estallar.

La joven ignoraba cuando ocurriría el suceso. Podía ser en aquel mismo momento; podía ser una semana o unos meses más tarde pero si algo había inevitable, tan seguro como la órbita descrita por el planeta en el cielo en torno al Sol, era el motín que se preparaba.

Por ahora los ánimos parecían estar tranquilos; todo se desarrollaba con normalidad, trabajos mineros incluidos, pero Lois sabia que bastaba cualquier cosa, por insignificante que fuera, que podía ser la chispa que incendiara el polvorín que tenia bajo sus pies. Cierto que tenia una poderosa arma en sus manos: el campo gravitacional, que arrojaría cientos de kilos de peso sobre los hombros de los convictos, inutilizándolos de forma absoluta y total. Sin embargo, Lois sabia que aquella arma podía ser convertida en algo totalmente inservible...,precisamente por alguno de sus propios hombres.

Vagos rumores hablan llegado hasta sus oídos, sin que nadie se los hubiera podido confirmar Alguien le había insinuado que un guardián —¿o eran dos? — estaba en connivencia con los penados. A fin de cuentas, los guardias también eran humanos y estaban más que hartos de permanecer en aquel lúgubre paraje, percibiendo un mísero sueldo. No obstante, la joven se había negado siempre a reconocer tal eventualidad, confiando implícitamente en los hombres que el Gobierno Central había puesto a su disposición para auxiliarla en el régimen de la Fortaleza.

Lo que Lois no acababa de comprender del todo eran los motivos por los cuales los convictos pudieran alzarse contra ella. Era verdad que todos, cosa muy lógica, desearan evadirse; la vida en aquellas condiciones no tenia nada de humano, tanto para los que estaban bajo las cúpulas, viviéndola de un modo puramente vegetativo, comer y dormir simplemente, como para los que, habiéndose ganado tal derecho, trabajaban en las extracciones mineras. Pero todos, absolutamente todos, sabían que apenas se iniciara el primer chispazo, la terrible presión de la gravedad plutoniana caería sobre ellos, inutilizando y esterilizando en el acto todos sus esfuerzos.

¿Por qué, pues, sublevarse?

Muy fastidiada, sin poder resolver tal problema, la joven se aproximó al amplio ventanal desde el cual dominaba la colosal cúpula de plástico bajo la que, como hormigas humanas, pululaban tres o cuatro millares de condenados. La luz de su despacho no traducía al exterior, a causa de la peculiar constitución molecular del vidrio, y por ello Lois podía observar sin, a su vez, ser observada.

Además incrustados en el muro, formando larga hilera, había una potente batería de lámparas emisoras de rayos infrarrojos, los cuales, al atravesar el plástico de la cúpula, se transformaban en luminosos, permitiendo así una clara visión de todo lo que sucedía abajo. La Joven miro una vez más el espeso hormigueo que allí bullía y, en

efecto, se dijo que los convictos tenían razón al quejarse de vivir en tan espantosas condiciones.

Pero ella no podía hacer nada para remediar tal régimen; había sido impuesto por los políticos, y así seguiría siempre, siempre hasta que algún día todo estallara, cosa que Lois debía impedir por todos los medios a su alcance.

De pronto su vista capto ¡a imagen de un grupito de convictos sentados en circulo en el suelo, charlando tranquilamente. Lois sonrió: «están calculando las posibilidades de una evasión», se dijo, tranquilizándose al respecto.

Pero entonces sus ojos captaron la imagen de algo que le hizo arrugar el entrecejo. Una pelea estaba a punto de producirse. Y precisamente entre

Griever, el reconocido matón del penal, y Langdorff el hombre que había matado a su mujer en un acceso de celos, Langdorff, el nombre que, a su pesar, disgustándola consigo misma incluso, la había impresionado tanto el día de su llegada a Plutón.

Tomó unos prismáticos que tenia al alcance de su mano y enfocó el grupo, acercándose enormemente las imágenes, hasta el punto de parecerle tocar con las manos los cuerpos de ambos contendientes, en cuyas ropas, pecho y espalda, se distinguían con toda claridad los números de identificación.

Sus dudas no duraron mucho; casi al instante, volvió a la mesa, tomó un interfono y dio una breve orden. Luego volvió a la ventana.

Rubén y Griever no llegaron a tocarse. Cuando el altoparlante vocifero sus números, ambos se detuvieron, girando los rostros hacia el lugar de donde había emanado la orden.

Griever abrió y cerró sus manazas varias veces: después, mirando aviesamente al joven, dijo:

—No importa; lo que aquí sobra es tiempo. Y ya encontraremos un momento para continuar nuestra «discusión», ¿no te parece?

—Una magnífica idea repuso tranquilamente Rubén, el cual, sin más, empezó a caminar hacia la puerta de acceso a la fortaleza, señalada gracias a una débil línea de amarillenta luz que recorría todo su perímetro.

Cuando los dos convictos *estuvieron frente* a la entrada, esta se descorrió a un lado. Rubén observó que no había nadie en aquel reducido vestíbulo, pero supuso que alguien, desde arriba, manejaría la plataforma de ascenso. Penetró decidido, y tras él Griever.

La puerta volvió a cerrarse a sus espaldas, y por unos instantes, el elevador permanecía inmóvil. Los dos condenados aguardaron pacientemente su ascenso, pero cuando la plataforma se movió, no lo hizo en sentido vertical hacia arriba, sino que, simplemente, giró, volteando sobre su eje y arrojándolos a los dos a algo que parecía ser una sima sin fondo.

Cogidos por sorpresa, Rubén y Griever no pudieron nacer otra cosa que caer, agitando frenéticamente brazos y piernas. El joven intento vanamente asirse a algo, pero todo fue inútil, porque allí no había el menor saliente; todo era liso, de una blanda lisura, que hacía resbalar por la pendiente que allí existía a todo el que se hallara dentro de aquella extraña oquedad.

Mientras caían, rodando aparatosamente, Rubén se dio cuenta, de modo vago, que giraban también. No era una pendiente plana, sino circular, y al mismo tiempo espiral, difusamente iluminada desde numerosos puntos, que no podían precisarse. Rodaron, adentrándose en el interior de aquella espiral, cuya peculiar forma recordó al joven la de un gigantesco caracol, pero cuya *cáscara* fuera blanda y no dura.

Todavía no habían rodado una docena de metros, unas veces volteando, otras deslizándose, pero siempre sin poderse detener, empujados irresistiblemente por la pendiente de la enorme espiral, cuando, de pronto, algo vino a unirse a aquel tormento de nueva especie.

Era una voz, una voz humana, pero sonando en todos los sitios y en ninguno a la vez, con ecos de tormenta marina, brotando de todos los puntos de la caracola, con metálicos mudos y ensordecedores gangueos. Las ondas de sonido se adentraron en el interior del cerebro de ambos convictos, torturándoselos ferozmente, golpeándolos con saña, martirizándolos con exquisita crueldad.

—Sois unos convictos... decía la voz —. Unos seres que no tenéis derecho a nada... Debéis obedecer siempre las órdenes que se os den... Observad buena conducta... Nada de peleas... Recordadlo... Sois unos convictos...

El tormento era apocalíptico, insufrible, y mientras continuaban

cayendo, la voz proseguía con su filípica, con horrenda y torturante monotonía, enloqueciendo a Rubén y Griever con el incesante rebote de sus ondas sonoras.

—Sois unos convictos...

Unos convictos...

Condenados...

Convictos...

Condenados...

Convictos...

Y la voz continuaba enroscándose en los blandos muros de la espiral, en tanto que ellos proseguían su deslizamiento hacia abajo, un abajo que no parecía tener fin.

De pronto, Rubén y Griever toparon rudamente con un liso muro circular, de unos dos metros de eje, que cortaba secamente la gigantesca caracola.

Por unos instantes permanecieron aturdidos, marcados, sintiendo sus estómagos sacudidos por intensas náuseas, que les hacían estremecerse de pies a cabeza. Pero la voz no cesaba de bramar con fragorosas sonoridades.

Condenados...

Convictos...

Griever no lo pudo resistir mas. De rodillas, oprimiéndose la cabeza con ambas manos, como si el mismo quisiera hacérsela estallar, gritó:

—¡Basta! ¡Basta, por el amor de Dios! ¡Hagan callar a esa maldita voz!

El silencio se hizo de repente, como si alguien, en el interior de la Fortaleza, hubiera escuchado las lastimosas súplicas del convicto. El silencio ahora, les resulto a ambos más dolorosos que el metálico trueno de las frases lanzadas desde arriba.

Rubén Langdorff quedo en el suelo, medio tendido, jadeante, sudoroso, exhausto, incapaz de decir y hacer nada con todos sus miembros convertidos en una masa de pura gelatina. Tuvo, sin embargo, la suficiente presencia de ánimo para pensar que de todos

cuantos tormentos había oído hablar, aquél era el más refinado y que no había ningún otro que pudiera superarlo. Cinco minutos mas en el interior de la espiral, y el desdichado que tuviera la mala suerte de hallarse en aquel lugar, enloquecería sin remedio.

La pared final se deslizó a un lado, y al instante, un *círculo* de dura luz golpeó con rudeza sus pupilas. Arrastrándose sobre manos y rodillas, los dos condenados pasaron al otro lado, y apenas lo habían hecho, la plataforma sobre la cual estaban, salió disparada hacia arriba.

Al detenerse los arrojo en confuso montón en el despacho del alcaide. Rubén y Griever quedaron unos instantes en el suelo, aturdidos, sin saber exactamente donde estaban, pero luego, recobrándose poco a poco, se incorporaron hasta quedar de pie frente a Lois.

La joven los miró con ojos roqueños. No había en ellos la menor chispa de piedad ni comprensión, cuando les dijo:

—No me gusta que nadie se pelee ahí abajo. Esto es sólo una pequeña muestra de lo que les espera si persisten en su estúpida actitud, ¿me han entendido? La próxima vez que hagan algo semejante, les tendré veinticuatro horas en una de mis celdas especiales, con doble gravedad, y esto sera suficiente para quitarles de la cabeza toda idea subversiva, ¿comprenden?

Rubén y Griever asintieron en silencio, pareciéndoles todavía notar el movedizo suelo de la espiral.

—¿Por que se pelearon? — preguntó Lois.

Griever se encogió despectivamente de hombros.

La joven, entonces, miró a Rubén.

Este dijo:

—No me acuerdo ya.

—Miente, Langdorff.

—Bueno, como Quiera, alcaide.

—¿Sabe usted que tengo medios sobrados para sacarle la verdad, Langdorff‘?

—Ya he visto una pequeña parte de esos medios, alcaide, pero, ¡que raro!, ahora me ha entrado un ataque de amnesia y...

—¡No siga, insolente! — dijo ella, colocándose de pronto tras su mesa de despacho. Oprimió un botón y al instante, los dos convictos sintieron una enorme pesadumbre sobre su cuerpo.

—Tienen ahora —continuo Lois —solo media gravedad. Puedo arrojarles, no las cuatro y media de Plutón, sino el doble si es preciso, en caso de que

no me contesten a mis preguntas.

—¿Que clase de preguntas. Alcaide? — inquirió Griever, enderezándose con gran esfuerzo.

Se está preparando un motín en la Fortaleza, Griever. El pretexto puede ser cualquiera; su misma pelea podría haber servido para ello. Pero el fondo del asunto es muy distinto y yo lo sé. Sin embargo, ignoro quiénes están complicados en el motín, así como el día y la hora en que éste va a estallar. Dígamelo usted. Griever, o usted, Langdorff, y les prometo solemnemente interceder para una gran reducción de sus respectivas condenas.

Hubo un silencio.

—No sé nada de lo que me está diciendo —dijo Griever con hosquedad.

Lois miró a Rubén. El joven alzó los hombros, pero le costó bastante; pesaba ahora más de ciento veinte kilos, y la cosa se notaba.

—Digo lo mismo, alcalde.

El dedo de Lois oprimió otro botón, hundiendo aún mas los hombros de los convictos.

—Ahora pesan el doble —dijo—. Vamos, ¿qué contestan?

La boca de Griever estaba torcida ridículamente al decir:

—No sé nada, no sé nada...— farfulló de modo apenas inteligible.,

Rubén movió la cabeza, negativamente, con terrible esfuerzo. La joven continuó, implacable:

—Sé que hay varios agentes secretos infiltrados en la Fortaleza Negra. Los hay que pertenecen al sistema Solar, otros son de Alta del Centauro; hay también de Sirio y hasta de Marte. Unos y otros tienen una cosa en común: provocar el desorden en la Fortaleza para... eso no

les importa por ahora; yo lo sé, y es suficiente. Ahora contéstenme: ¿de quién son agentes ustedes dos?.

Ninguno de ambos convictos replicó. Por el contrario, ambos cerraron sus bocas y apretaron sus labios en gesto casi simultáneo.

—Muy bien —dijo Lois —, veamos que tal les sientan dos gravedades y media.

A Rubén le pareció que de repente le corría por las venas plomo fundido. Notó que las ¡articulaciones de las piernas le crujían e hizo tan enorme esfuerzo por mantenerse erguido, que la piel se le cubrió instantáneamente de una húmeda transpiración. Jadeó, respirando penosamente, a causa de la dificultad de su diafragma en mover unos pulmones que de repente pesaban una vez y media más de lo ordinario.

Implacable. Lois lanzo la tercera gravedad. Ninguno de los dos condenados lo pudo resistir, y ambos, a la vez, se desplomaron al suelo, arañándolo débilmente con las manos.

Así permanecieron unos minutos, en absoluto silencio, contemplados despreciativamente por Lois.

La muchacha, de pronto, devolvió el ambiente la gravedad normal.

Rubén la miro con ojos cargados de odio. Por su parte, Griever: masculló *unas cuantas* palabrotas de amenaza. Pero ella no hizo el menor caso, por que, casi en el acto, y a requerimiento suyo, penetraron dos guardias.

—Devuelvan a Griever a la cúpula ordenó con sequedad. Y a Rubén —: Póngase en pie.

El joven obedeció lentamente, procurando componer la figura. Quedó frente a la mesa, mirándola de hito en hito.

—Langdorff, usted no es un condenado como los demás. Es la primera vez que comete un crimen y, con toda seguridad, por unos motivos que más de uno encontraría fácilmente excusables.

—¿Qué pretende con esas melosas palabritas, alcaide?

—Nada, nada, excepto devolverle a usted su conciencia de hombre. Langdorff.

—Ya no lo soy. Perdí mi personalidad el día en que llegué a Plutón, y desde entonces no soy otra cosa que un número: ¡este! —dijo Rubén, golpeándose el pecho con el puño cerrado.

—Lo se repuso ella —; pero no es cosa mía, sino del reglamento.

—Supongo que me dirá ahora que el reglamento también me obliga a escucharla a usted. ¿verdad?

—Y a muchas más cosas, de las cuales no tiene usted la menor idea. Langdorff.

— Por ejemplo sonrió el desdeñosamente —, a decirle el día, la hora y los cabecillas del motín, ¿noes cierto?

—Si —contestó ella serenamente; y repitió —; Si, Langdorff.

—Pues no lo se, *no se nada*, la primera idea que he tenido de un motín ha sido la que usted me ha dicho. Por lo tanto, mal puedo decir...

—¡Miente! ¡Miente usted Langdorff! Cada una des sus palabras es una mentira de arriba abajo, ¿me comprende? A menos —añadió con más pausado acento —, que no sea usted uno de esos agentes que antes mencioné.

Rubén emitió una risa silenciosa.

—¿no leyó usted mi «dossier», alcaide? —dijo.

—Su «dossier» puede ser auténtico. Es más: lo es. Pero no así los hechos, Langdorff'.

—Muy bien repuso el, alcanzo los hombros —; entonces, pregunte a alguno de mis compañeros; cualquiera de los que vino conmigo en el mismo viaje. Están tan enterados casi como yo mismo, ¿sabe? Además, ¿quien diablos le ha metido esas estúpidas ideas en la cabeza?

—Langdorff ¡Olvida usted con quién está hablando!

—Lo siento, pero se me escapo sin querer, alcaide. No sé nada, repito.

El gesto de Lois, que se había suavizado antes un poco, volvió a endurecerse.

—Muy bien —di¡o. Vuelva a su cúpula otra vez y púdrase allí. Si se hubiera mostrado con ánimos de cooperar, por poco que hubiera hecho, le hubiera enviado inmediatamente a las minas. No es un

trabajo envidiable, pero cualquier clase de trabajo es apetecible con tal de no vivir como un molusco en su concha, como lo están haciendo ustedes.

Rubén no contesto; aguardo en el mismo sitio a que la puerta se abriera y que Fuller, el jefe de los guardias, penetrase en el despacho. Fuller miró a la joven, como aguardando una indicación de esta, pero al no recibir nada en sentido contrario, tomó el brazo del joven.

Por segunda vez en seis semanas, Langdorff recorrió el mismo camino, aquel que conducía a las negras cúpulas que nunca se iluminaban, que siempre permanecían bajo la eterna noche plutoniana.

Y, sin querer contestar a ninguna de las preguntas de sus compañeros, buscó un rincón cómodo y se dedicó a contemplar aquella gran estrella, lejana e inalcanzable, que era el centro del Sistema Solar.

CAPÍTULO IV

El número 49036 miro al 00173 y dijo:

—¿Tú crees que Langdorff será de confianza?

Santos se encogió de hombros.

—Me remito a lo que tú mismo contaste de vuestra entrevista con el alcaide, Griever.

El aludido se frotó la mandíbula pensativamente y murmuró:

—Es que luego se quedó solo con ella, ¿sabes?

—¿Y qué iba a decir, si no sabe nada? Lo interesante es averiguar si podemos tener confianza en él. Podría sernos un hombre utilísimo, Griever. Según tengo entendido, era Ingeniero de no sé que allá en la Tierra, y además una notabilidad en su profesión.

—Si, podría sernos muy útil. Pero, en tanto no hayamos hallado la manera de desconectar el campo gravitatorio, no podemos hacer nada de particular.

—Para ello tenemos que llegar antes al despacho del alcaide. Todos los controles esta allí, sobre su mesa.

— podríamos haber aprovechando su ausencia…

—No — repuso Santos con firmeza —. Tiene que ser estando ella en el despacho. Cuando se ausenta, la habitación queda cerrada herméticamente, y ¿sabes entonces que es lo que hace para evitar ser cogida por sorpresa? ¿No? pues te lo voy a decir, Griever, a pesar de que tú lo sabes tan bien como yo. Se cuelga del hombro, por una correilla, un transmisor de mando a distancia, que emite ondas micrométricas, enlazando con los controles de gravedad. Así, este donde este, siempre se halla en condiciones de inmovilizarnos, echándonos encima unos cuantos cientos de kilos.

Griever soltó una maldición.

—¡Eso es verdad! —renegó—. De modo que no tenemos otra solución para inutilizar el campo gravitatorio que apoderarnos de su persona.

—Efectivamente. Pero antes habríamos de franquear las puertas de acceso a la Fortaleza. Ya sabes que somos vistos sin ver, y no podríamos hacer el menor gesto sospechoso sin que nos aporrearan con tres o cuatro gravedades.

Griever asintió, quedando pensativo durante unos minutos. De súbito, alzo la cabeza.

—¿Y luego? Suponte tú que hemos conseguido apodéranos de la chica. ¿De que forma nos escaparíamos de la Fortaleza?

—Tendríamos la nave de urgencia que siempre está lista para un caso imprevisto. Tiene motores ordinarios y estelares. Puedes irte a cualquier parte de la. Vía Láctea, sin que te encuentren en lo que te reste de vida.

—Muy bien, pero ¿quien la manejaría?

—Ya lo he pensado. Mackera, el piloto condenado.

—¿Mackera? ’

—¡Ya ¡o creo! Lo he estado estudiando días atrás y sé que solo espera el momento propicio para unirse a nosotros.

—Entonces, Langdorff no nos nace falta para nada.

Santos rió silenciosamente.

—Ya ¡o creo que nos haría falta. Por lo menos en los primeros

momentos.

—No te entiendo — se rascó Griever la enorme cabezota. .

—Para desconectar el campo gravitatorio, imbécil, es ingeniero, ¿o no lo recuerdas?

—Pero ¿cómo lo va a hacer si aquí no tiene siquiera. un centímetro de hilo de cobre con que...?

Santos volvió a reír.

—Tu no te preocupes de más, y déjame actuar a mi, ¿quieres? —se puso en pie con un gesto lleno de hastío, desperezándose como un gato recién despierto, y luego le guiño un ojo. Déjame a mi, Griever. Sólo te pido un poco de paciencia, y después...

Los dedos índice y pulgar del convicto chasquearon ruidosamente, después de lo cual. Santos echo a andar lentamente, balanceando el cuerpo, en dirección a un lugar de la cúpula en donde, reclinado en el suelo junto al muro de transparente plástico, Rubén Langdorff contemplaba en silencio las estrellas.

Santos se sentó silenciosamente a su lado. Durante un buen rato no dijo nada; después murmuró:

—Una vida bien aburrida. ¿eh, ingeniero?

Los ojos de Rubén lanzaron una indiferente mirada sobre el aquilino rostro del convicto. Dijo:

—Si, muy aburrida. —, y luego volvió otra vez la cabeza.

Santos no se dio por vencido y tornó de nuevo a la carga.

—A cualquiera de nosotros le gustaría dejar este maldito planeta y largarse de aquí para siempre.

—¿Adonde?

El convicto hizo un gesto indiferente con la mano.

—¡Que se yo! A cualquier parte, con tal de no estar aquí. ¿No piensas tú lo mismo, Langdorff?

—Lo que yo pienso no le importa a nadie, Santos —dijo el joven pausadamente.

El otro modero su actitud.

—Bueno, hombre, no te ofendas; yo solo quería...

Rubén corto en seco las palabras de su compañero de reclusión.

—Escúchame. Santos. Sé que es lo que pretendes de mi. y antes de que te hagas ilusiones, te daré mi respuesta: ¡No! No quiero nada contigo ni con Griever. El día que intente fugarme, lo haré solo, o acompañado de las personas que sean de mi agrado y confianza.

Santos entrecerró los párpados, despidiendo bajo ellos rayos de mal contenida cólera.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir, Langdorff — dijo, y se puso en pie. Desde arriba miró al joven—: Muy bien; si luego te ocurre algo, no pienses en pedirnos ayuda.

Rubén no le contestó, volviéndole la espalda.

Casi al instante de haberse ido el otro, Nkrumah apareció allí, sentándose a su lado.

—¿Qué te decía ese sinvergüenza preguntó el negro.

—Me estaba proponiendo unirme a ellos para intentar la fuga.

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—Puedes figúratelo, Nkrumah.

—Has hecho bien observó el negro. al cabo de una corta pausa de silencio —. Griever y Santos no son de fiar para nada. Personalmente, no querría tener con ellos tratos superiores a un centavo, y aun eso de mano a mano. Es muy posible que hayan venido a buscarte para que les saques las castañas del fuego, y después...

Rubén inclino la cabeza.

—lo mismo he pensado yo, Nkrumah. Pero... de todas formas, ¡tienen razón!

Nkrumah miro a su amigo con no disimulada sorpresa.

—¿Eh? ¿Qué estas diciendo, Rubén? ¿Te has vuelto loco?

—No, no me he vuelto loco, Nkrumah. Esa pareja tiene razón. Hay

que hacer algo para largarse de aquí. Lo que sea, no me importa el qué, pero fugarse.

—Eso es imposible.

—Difícil es una palabra mas adecuada. Imposible no hay nada en este mundo.

—Muy bien —asintió el negro —. Y ¿como lo harías tú. Rubén?

El joven se troto la mandíbula.

—He discurrido una nueva idea, que acaso pudiera tener éxito.

—¿De qué se trata?

Rubén se lo dijo. Nkrumah medito unos instantes y luego respondió:

—Muy bien, muy bien. Tal vez pudiera ser como dices, Rubén. Ahora que... nos veríamos obligados a implicar en nuestro plan a Mackera, el piloto.

—Comprendo dijo Langdorff—. Mackera habría de manejar la astronave de emergencia.

—Exactamente.

—¿Y después?

Los blanquísimos dientes de Nkrumah brillaron claramente en la oscuridad plutoniana.

—Largándote fuera de la Fortaleza, y una vez a salvo, ¿que importancia tiene el «después», Rubén?

—Es cierto murmuró el Joven —. Muy bien. ¿Cuál de los dos se encarga de convencer a Mackera?

—Yo mismo repuso el negro . Mientras tanto, tú ocúpate de esa idea que dices se te ha ocurrido. Trata de hallar todos los pros y contras, de modo que, cuando llegue el momento, no podamos tener el menor fallo, ¿entendido?

Nkrumah se levanto y desapareció en las tinieblas encaminándose a buscar al piloto astronáutico.

Mientras tanto. Rubén quedo allí, con la vista fija en el *lejanísimo* Sol,

dejando correr el tiempo, sin darse cuenta siquiera de que pasaba.

La hora de la cena le cogió de improviso. Se levantó al oír el tañido del «gong» y ocupó su puesto en la fila hasta quedar frente a la ventana por donde surgía la comida. Tomó la bola de alimento y el vaso de café, retirándose a un lado.

Cuando la campana señalo la hora de dormir, él lo hizo en un lugar apartado. Le costó *bastante conciliar* el sueño, pero al fin se durmió.

Se despertó a la mañana siguiente, pero no de modo voluntario, como lo hacia ordinariamente, sino porque un ruido extraño, hiriéndole los tímpanos de forma desacostumbrada, le hizo ponerse en pie.

Acostumbradas sus pupilas a la eterna obscuridad de su cárcel, pronto distinguió los motivos de aquel excitado parloteo de los convictos. Estos, formando un denso círculo se hallaban a una docena escasa de metros de distancia.

Camino hacia ellos, abriéndose paso con puños y codos. Cuando hubo pasado al otro lado, no tardó en distinguir un cuerpo tendido en el suelo.

Apretó los dientes de ira al reconocer a Mackera.

Pero esto no era todo, sino que el ex piloto había muerto.

La horrible deformación de sus facciones, así como las violáceas señales de dedos que había en su cuello, denotaban claramente la forma de muerte que su matador le habla causado, estrangulándolo.

Conteniendo difícilmente una náusea. Rubén se puso en pie. Las sospechas que su mente concibió se encaminaron al instante hacia la pareja formada por Griever y Santos. Seguramente, el primero, por instigación del otro, le habría dado muerte, aprovechando el sueño del astronauta. Pero, ¿por que?, fué la pregunta que inmediatamente se formuló el joven. ¿Por que matar a un hombre de tanta utilidad como Mackera, si hubiera sido para ellos tan útil como para cualquiera que intentara la evasión de la Fortaleza?

No pudo seguir haciéndose mas preguntas; en el mismo momento, un clamoreo general se elevo de entre los millares de convictos que allí había, cuyos puños, de forma unánime, se elevaron hacia el lugar en que suponían les iba a estar contemplando el alcaide.

La masa de condenados empezó a agitarse y a hervir. Rubén recibió

un empujón que estuvo a punto de derribarle, y en el mismo momento, cuatro o cinco de los convictos, cogiendo entre sus brazos el cadáver de Mackera, lo alzaron sobre sus cabezas, de modo que el cuerpo fuera visto desde lo alto de la Fortaleza.

Los megáfonos ladraron, recomendando orden y disciplina, pero todo fue inútil. Llevando como bandera el yerto cuerno del ex piloto, la masa de amotinados, ululante, bramadora se dirigió, hacia la puerta de acceso a la Fortaleza.

En vano fue que Rubén intentara oponerse al desbordado torrente; envuelto en sus espesas ondas, fue arrastrado por la masa humana, a trompicones, debiéndose coger en más de una ocasión a algún compañero próximo para no caer al suelo.

Una vez le pareció ver orinar, a corta distancia, de modo irónico, las pupilas de Santos, pero no hubiera podido asegurarle. De pronto una mano le asió por el brazo.

—¡Están locos! ¡Locos de remate! —dijo Nkrumah, galopando, como los demás, a su lado. Castillo, el español, también se les había unido, lo mismo que el centaurino L'lan.

Pero, en medio de todo aquello, había una cosa que le sorprendía enormemente. ¿Por qué no disparaba Lois las gravedades que, abrumándoles con su peso, les detendrían inmediatamente? ¿Es que el alcaide esperaba al último momento?

No pudo seguir haciéndose más preguntas; el liso muro de la Penitenciaria surgió de pronto ante ellos, dominándoles con su espesa mole.

El clamor de los condenados se detuvo un momento, como si al darse cuenta de que se hallaban ante el gigantesco edificio, les pareciera enfrentarse de nuevo con aquellas fuerzas contra las cuales no había manera humana de luchar. Pero no tardó mucho en oírse de nuevo el colérico bramido de la multitud, al mismo tiempo que el cadáver de Mackera era agitado de nuevo en lo alto.

Bruscamente, uno de los megáfonos ladró, en tal tono que los convictos se vieron obligados a callar. Asombrado, Rubén observó que la voz que salía del altoparlante no era la de Lois.

—¡Atención! ¡Atención todos! ¡Que nadie se mueva del lugar en que se halla! ¡Hemos visto que hay un muerto! ¡Vamos a enviar a recogerlo y así mismo recibiremos a una comisión para que nos

explique lo que ha ocurrido y lo que desean! ¡Todos los demás que se estén quietos, sin moverse del lugar en que se hallan!

Surgió una voz.

—¡Queremos luz!

Y al instante toda la masa coreo:

—¡Luz, luz!

—¡Luz! ¡Queremos luz!

El bramido duro unos instantes, acallándose después, poco a poco. El altavoz volvió a hablar de nuevo, a los pocos segundos.

—Es una petición muy justa la vuestra y que os prometemos atender. Pero ahora os recomendamos tranquilidad. Si os portáis bien, no se os hará nada; de lo contrario, recordad que podernos restablecer íntegramente el campo gravitatorio de Plutón y que esto no es nada agradable de soportar. ¡Quietos todos! ¡Los de la comisión, que se aproximen a la puerta de entrada!

Rubén frunció el ceño. Aquello que estaba ocurriendo no le gustaba en absoluto. ¿Por que hablaba un hombre y no Lois, el alcaide? ¿Por que, para reducir en un principio ya el motín, no les habían soltado una o dos gravedades? ¿Que misterio se encerraba en todo aquello?

Le era imposible explicárselo.

No pudo seguir; un inerte empujón lo hizo vacilar, hacia adelante dándose cuenta de que Castillo y L'lan le precedían, junto con Santos, Griever y otro a quien no conocía mas que el nombre, Ilyine. Nkrumah volvió a empujarle.

Formaba parte de la Comisión.

La puerta se abrió, dejando ver el amplio vestíbulo de ascenso, en el cual había varios guardias amenazándolos con sus pistolas. El grupo de condenados vaciló, pero solo un instante; en el siguiente, se encontraron dentro del ascensor.

Este comenzó la subida, y apenas lo habla hecho, Griever, con rápido movimiento, desarmó al guardia que tenía más cercano.

Fue un gesto rapidísimo.

La cosa fue tan veloz, que antes de que los demás custodios pudieran hacer nada, ya la pistola de su compañero había pasado a manos de Griever. Una torcida sonrisa apareció en la boca de este. Apuntó al guardián desarmado.

—Un solo movimiento —dijo — y achicharro a vuestro colega. ¡Tirad las pistolas! No volveré a repetir mis órdenes.

Los guardias se miraron entre si, como vacilando acerca de lo que debían hacer. Al fin, uno de ellos, humedeciéndose los labios con la lengua, masculló unas palabras de despecho, al mismo tiempo que arrojaba el arma a un lado.

—Esta bien —gruñó —. Para lo que me pagan, no merece la pena arriesgar el pellejo. ¡Podéis hacer lo que queráis!

Sus compañeros le imitaron, en tanto que, lanzando gritos de alegría, Santos, Ilylne y Castillo se arrojaban sobre las abandonadas pistolas. Griever, entonces, movió la suya significativamente, dirigiéndose a los guardianes.

—A un lado, muchachos, y cuidadito con hacer el menor gesto sospechoso, ¿estamos?

Luego, los ojos del convicto repararon en los de Rubén, quien, cruzado de brazos, contemplaba la escena en un ángulo del elevador, impasible, sin que su rostro denotara la menor señal de emoción por lo que estaba ocurriendo allí.

—¿Qué te ocurre? ¿No te gusta lo que está pasando, Langdorff?

Mientras no haya muertes, la cosa puede tolerarse —repuso el joven —. Pero por lo pronto, uno de los nuestros ha muerto ya.

— ¿Te refieres a Mackera? ¡Bah!, era una escoria. ¿De que nos iba a servir, en realidad, un tipo como ése?

—Era piloto de astronave contestó Rubén con voz neutra.

Griever volvió a reír.

—No te preocupes; no faltarán tipos capaces de manejar la del alcaide. Además, Mackera era Bueno, ¿que importa lo que era? Merecía morir y no ha hecho otra cosa que recibir su pago correspondiente. ¿comprendes?

—Quisiera comprenderlo, Griever —dijo Rubén—, pero, entendiéndolo tú, creo que es suficiente para los demás.

El condenado soltó, una gruesa y sarcástica carcajada.

—Muy bien, muchacho! Celebro tu sensatez y espero que sigas así todo el tiempo que... iAh, ya hemos llegado!

La puerta se abrió y el grupo de amotinados se lanzo a la carrera hacia el despacho del alcaide. Aquél iba a ser el golpe final, y Rubén temió por la vida de Lois.

No tardaron mucho en llegar ante su objetivo. Griever llamo fuertemente, golpeando la puerta con la culata de su pistola, y entonces. el panel empezó a deslizarse a un lado.

Después, cuando el despecho de Lois quedó ante sus ojos, Rubén lo comprendió todo y supo las causas que hablan impedido a la joven inmovilizarles con la pesada gravedad plutoniana.

No le hizo falta ver, sino solamente oír la voz de la muchacha. Esta decía, en el momento en que la puerta se abría:

—Tenía confidencias de que algunos de los guardias eran infieles, pero nunca pude suponer que lo fuera usted mismo, Fuller.

iFuller, el oficial de la guardia, siempre severo y escueto, se había rebelado!

CAPÍTULO V

Langdorff entendió al instante las causas por las cuales Lois no había podido utilizar el campo gravitatorio. Fuller la había sorprendido, apartándola de la mesa, con lo cual la muchacha se habla visto impedida de dominar el motín. Al joven le resultó incomprensible que Fuller se hubiera puesto al lado de los sublevados, pero todavía tenían que pasar muchas cosas antes de que entendiera tan solo una mínima parte de ellas.

Sin dejar de amenazarla con la pistola, Fuller dijo:

—Griever, Santos, Ilylne, pasen.

Los aludidos obedecieron, siguiéndoles Rubén y sus amigos. Fuller, entonces, se dio cuenta de que entraba más gente de la que él había nombrado y frunció el ceño al volverse y darse cuenta de quiénes eran los restantes personajes.

—¿Por qué están co nosotros aquí? ¿Quién les ha mandado entrar?

—Vinieron con nosotros — repuso Santos —. El altoparlante hablo de una comisión...

—¡Imbéciles! ¿Es que no sabíais que la comisión debía estar integrada únicamente por vosotros tres? ¿Que clase de estúpidos sois?

—Perdone jefe pero nosotros... — se excusó Griever.

—¡Silencio! —tronó Fuller, alargando una pistola al que acababa de hablar. El, no obstante, quedó con otra —: Vigila a la chica. Griever.

Acto seguido, se encaró con Rubén y los demás, mirándolos con no muy buenas intenciones.

—¿Que es lo que ustedes desean? —gruñó.

—Eso es usted quien tiene que decírnoslo. Fuller —declaró el joven—. Hemos venido aquí con... sus amigos, esperando que las cosas se arreglasen de la forma en que todos deseamos.

¡Imbéciles! — mascullló Fuller, el cual, en el acto, agregó vivamente—: ¡No, no os lo digo a vosotros, sino a estos...! Bien, ya discutiremos el asunto más adelante. Ahora... Santos. ¿fue usted el que liquidó a Mackera? Era un bicho peligroso y estorbaba.

Rubén parpadeó al escuchar la inesperada observación, pero más asombro sintió todavía al escuchar las palabras de respuesta del interpelado.

—¡Jefe! ¡No sé nada de lo que me está diciendo! Creí que había sido Griever.

—¿Yo? —exclamó el aludido—. ¡No he tocado para nada a Mackera!

Fuller empezó a arrugar el ceño.

—Habrás sido tú, Ilyine.

El nombrado sacudió vigorosamente la cabeza.

—¡Ni soñarlo! He dormido a dos millas de Mackera.

Fuller soltó entonces una obscena palabrota.

—¿Quien lo ha hecho entonces? —aulló —. Si no habéis sido ninguno de vosotros tres, ¿quien mil diablos...?

Se interrumpió de pronto, mirando fijamente al joven.

—¿Tú, Langdorff?

—Conmigo se equivoca. Fuller —contestó el joven —. Además, nunca se me hubiera ocurrido tocar a Mackera. Pensando en las posibilidades de una evasión. Mackera habría sido el hombre cuya vida hubiere tratado de conservar con más empeño. ¿no lo cree así?

—A mí no me hacía ninguna falta. Langdorff. Por el contrario, me estorbaba. Pero si lo ha matado alguien que yo desconozco...

El jefe de los guardias se detuvo, repentinamente desconcertado. No obstante, se rehízo muy pronto y dio una seca orden.

—Griever, encierra a esos cuatro en un lugar seguro.

—Si, jefe dijo el convicto, agitando ominosa mente su pistola. Pero de pronto se volvió hacia Fuller —: ¿Y la chica?

—Llévatela con ellos. Ya no la necesito para nada y, en realidad, habiendo conseguido la primera parte de mi plan, es mas un estorbo que otra cosa.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mi, Fuller —dijo ella, glacialmente, avanzando hasta situarse junto a Rubén y sus amigos.

Griever y Santos se encargaron de empujarles a punta de pistola, hasta una habitación próxima, el propio dormitorio de la joven, donde las cinco personas quedaron allí encerradas a piedra y lodo, sabiendo que tenían al otro lado de la puerta un celoso vigilante que no les dejaría moverse sin antes soltarles una descarga desintegrante. Griever cerró la puerta, y luego se hiyo un espeso silencio en la habitación.

Sin decir nada, Rubén se aproximó a la ventana que había allí, desde la cual se dominaba la gran cúpula, bajo la cual bullían centenares de penados, esperando la salida de una comisión que, segun la idea del joven, no ¡ba a volver mas allí. Los grandes reflectores de luz normal se habían encendido, alumbrando claramente el espacio, y los

convictos, poco acostumbrados a tal iluminación, se mostraban inquietos y desasosegados.

De pronto se oyó en la estancia la voz de la muchacha.

—Qu¡ero que me escuchen unas palabras — dijo, y todos los rostros se volvieron al instante hacia ella, escuchándola.

Lois los miró atentamente unos segundos; después, continuó:

—Por ahora, hemos perdido la partida. Pero, si obramos con cautela, podemos ganarla, recobrando todo el terreno que hemos perdido.

Una risa gutural se oyó bruscamente en la estancia, haciendo que todos se volvieran a mirar a L'lan, el centaurino.

—¿Quién es el que ha perdido terreno, alcaide? — dijo —. Yo creo que, por el contrario, nosotros lo hemos ganado. No hay más que ver la diferencia en este lujoso aposento y la pocilga en que vivíamos para saber…

—¡Cállese! — dijo la joven, muy irritada, y luego se volvió hacia los otros —: Tengo que hacerles una proposición.

—No queremos… gruñó L'lan, pro Nkrumah alzó una mano.

—Cierra el pico, lagarto. Por escuchar a la señorita no se pierde nada. Bien — se volvió hacia ella —: ¿de qué se trata?

—Simplemente, que ustedes me ayuden a restablecer la disciplina en la Fortaleza. A cambio de ello, les prometo…

—Un buen informe, ¿verdad? — dijo Castillo — Y, ¿que nos darán a cambio? Un diploma y cuatro palabritas prometiendo rebajarnos un par de meses de la condena. Conozco el paño, alcaide, y por mi parte, puede contar con mi mas rotunda negativa.

—¡Estúpido! — se irritó Lois —. Esos individuos no les darán siquiera la oportunidad de defenderse. En el momento en que se les antoje, nos mataran a todos.

—¡Caramba! — gruño el negro —. Esas son unas palabras muy fuertes, señorita. ¿Está usted segura de lo que dice?

—La muerte de Mackera, ¿no le dice nada?

Nkrumah movió la cabeza de derecha a izquierda.

—No mucho, por ahora, si he de decir la verdad, me gustaría saber por que le cerraron el paso del aire.

—Era un agente secreto repuso Lois.

—¿De quién?

Ella se encogió de hombros.

—Oh, y que sé yo. Lo único que puedo decirles es que hay muchos intereses en torno a la Fortaleza Negra y que algunos de los convictos lo son solamente en apariencia.

—No sé qué diablos pueden ver en la Fortaleza Negra para codiciarla tanto — masculló el español —. ¿A quién le puede interesar un presidio situado en el punto más alejado del Sistema Solar?

—No es el presidio en si, sino el lugar en que se halla enclavado. Es decir, el planeta entero. Como han podido darse cuenta, aquí vienen a parar no solamente los criminales del Sistema, sino también de otros relativamente próximos al nuestro, previo acuerdo con el Gobierno General. Ejemplo: L'lan, aquí presente.

Ahora bien, es de sobra sabido que Plutón es una verdadera mina de metales preciosos, cuya explotación, ahora, podría intensificarse hasta limites realmente fabulosos, cosa que no se podía hacer cuando se instaló aquí la Penitenciaria, por falta de medios adecuados para el transporte. Pero ahora este ya no es un inconveniente, y al punto a que han llegado las cosas, cientos y aun millares de naves, podrían dedicarse al transporte de los minerales extremos, en forma ininterrumpida, de modo que en pocos años se podrían, no solo cubrir sino saturar las necesidades del mercado.

—¿,Y por qué no lo hacen? —preguntó Rubén, silencioso hasta entonces.

— ese es el quid del asunto. Los componentes del Gobierno Central son un poco anticuados en esto, y se muestran muy reacios en suprimir la Penitenciaria. Opinan, y no les falta cierta dosis de razón, que con los minerales que ahora extraen con la ayuda de los condenados tienen más que suficientes para las necesidades actuales del sistema, manteniendo además los precios, a un nivel conveniente. En la otra forma. los precios bajarían y...

—A mi me parece que esa no es razón suficiente — declaró Rubén —. Una abundancia de metales daría lugar a una abundancia de las

demás cosas, y, por lo tanto, a una mejora en los precios. Por otra parte, suprimiendo la Fortaleza, y dedicando Plutón entero a la minería, se podría iniciar una exportación masiva a otros sistemas estelares más próximos, con los beneficios correspondientes para todos.

—Estoy de acuerdo con usted, Langdorff. Por eso hay aquí dos facciones en lucha: aquellos que luchan por mantener a toda la costa el actual status quo y los que desean abrir Plutón a la colonización minera. Agentes de ambos bandos, bandos que, a su vez están subdivididos en fracciones inferiores, luchan entre si por adquirir la supremacía, sin importarles los medios pero, eso si, teniendo siempre en cuenta la necesidad de guardar las formas.

Nkrumah se echo a reír.

—Pues a mí me parece que algunos ya se han quitado la máscara. Por ejemplo, Fuller y sus compinches por un lado, y él o los que mataron a Mackera por otro. Mackera era un agente secreto, ¿no?

—Así parece contestó Lois, meditabunda.

—Y ahora, ¿que es lo que piensa hacer la pandilla de Fuller? ¿Libertar a todos los convictos? ¿Adonde va a mandarlos? ¿Cómo los piensa evacuar de Plutón si según ¡muestras noticias, no hay más que la astronave de emergencia, capaz para unos cincuenta hombres a lo sumo?

—No lo se respondió la joven —. No lo sé, porque lo único que a mi me interesa es restablecer el orden en la Penitenciaria. Si lo consigo, la cosa no pasará de ser una vulgar sublevación; pero en caso contrario, la prensa chillará ensordecedoramente, exigiendo la supresión de la Penitenciaria y la apertura del planeta a la colonización minera.

—A lo que parece, usted no quiere que suceda tal cosa, ¿verdad? — dijo Castillo irónicamente.

La muchacha lo miró fijamente sin perder la serenidad.

—No tengo ningún interés en una cosa o en otra replicó —. Lo que si deseo es dejar las cosas tal cual estaban, como es mi obligación. Desde luego, una vez lo haya conseguido, presentaré mi dimisión.

—En su lugar dijo Nkrumah pensativamente, acariciándose la mandíbula —. yo lo hubiera hecho ya mucho antes. ¿Qué diablos puede pintar aquí, sepultada a seis mil millones de kilómetros de la

Tierra, una chica joven y guapa como usted, en lugar de andar buscando un marido como Dios manda?

Lois enrojeció un momento y luego contestó:

—Esa es cuestión mía personal. Ahora díganme: ¿están dispuestos a ayudarme o prefieren esperar aquí tranquilamente a que vengan Fuller y los suyos a degollarlos como pollitos?

L'lan soltó un taco. El español mascullo:

—¡Diablos, no! No me gustara hacer el papel de cobaya vara unas investigaciones que no existen siquiera.

—Pues entonces —añadió Lois enérgicamente —, ayúdenme. Únanse a mi, y les prometo alcanzar una buena reducción en la cuantía de sus penas, además de un empleo mejor que vivir bajo las cúpulas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los cuatro convictos se consultaron con la mirada. Al fin, Nkrumah, dijo:

—Bueno, muchachos, ¿que le contestamos al alcaide?

L'lan se encogió de hombros. Castillo dijo algo ininteligible, pero que podía tomarse por una afirmación. En cuanto a Rubén, preguntó:

—¿Y cómo piensa usted sacarnos de aquí, señorita?

—En el momento en que sepa que puedo contar con ustedes, se lo diré. *iVamos, respondan*; el tiempo pasa y no podemos permitirnos el lujo de perderlo!

—Diremos que si, señorita— repuso Rubén —, pero con una condición.

—¡Aceptada! — exclamó ella con evidente vehemencia.

—Muy bien; entonces digamos cómo piensa arreglarse cuando Fuller se entere de nuestro plan y nos aplaste con la gravedad de Plutón. Si soluciona eso, yo creo que lo demás no ha de tener gran importancia. —Rubén se volvió y miró a sus compañeros y dijo —: ¿No os parece, muchachos?

Los convictos asintieron. Lois, entonces, sonrió y se encaminó hacia uno de los muros, en el cual se veían unas finas líneas que señalaban la existencia de un armario que parecía construido para guardar ropas. Oprimió un botón y un trozo de pared se deslizó medio metro a la

izquierda.

—Aquí tengo algo —dijo —que contrarrestará los efectos de la gravedad plutoniana, caso de que Fuller la emplee como arma contra nosotros.

Habla allí varios objetos metálicos, de una forma que ninguno de los condenados habla visto jamas y que, substancialmente, consistían en una especie de anchos collares, de cuyo centro pendía una cajita cuadrada con varios diales e indicadores. La cajita quedaba suspendida apenas encima de la cintura, atándose luego a la espalda por medio de una correa metalizada, ancha casi de diez centímetros, y estaba construida de tal manera que la superficie en que estaban los controles quedaba frente el rostro de su portador, de modo que este pudiera no solo verlos con suma comodidad, sino manejarlos en cualquier postura con gran facilidad y sencillez. También había pistolas desintegrantes, de las cuales Lois entrego una a cada uno de sus improvisados ayudantes.

Antes de dárselas dijo:

—Corro un gran riesgo al hacer esto, pero no me queda otro remedio, y además confío en la palabra que me dieron. Por muy bajo que haya calcio

una persona, siempre queda algo en el fondo de su alma que le hace continuar siendo un ser humano. Si no se sienten con fuerzas para ayudarme díganlo antes de que sea tarde. No podré reprochar nada al que retrocede.

L’lan atrapó una pistola con gesto negligente.

—Déme eso, muchacha —masculló con el cloqueo particular de los hombres de Centauro —. Deme eso y luego écheme tipos ante la boca de esta pistolita.’

Lois sonrió y luego se dedico a enseñar a los convictos el uso del aparato neutralizador de los efectos gravitatorios. Cuando hubo terminado, señaló una lámpara roja que se veía en uno de los ángulos, junto a una esferita graduada, y dijo:

—En el momento en que se encienda la luz sabremos que han anulado el campo gravitatorio en torno nuestro. Entonces entra en funcionamiento el neutralizador, parando instantáneamente los efectos del golpe, y luego ya sólo queda ajustar la gravedad que más nos convenga de acuerdo con el medidor que hay al lado de la

lámpara de alarma.

—Todo esto esta muy bien —dijo Roben —. Lo extraño es que nos hayan dejado aquí, sabiendo que usted disponía de...

Los negros cabellos de la joven se agitaron cuando ella movió la cabeza enérgicamente de modo negativo.

—No —dijo —, no lo saben. De lo contrario, Fuller habría tomado otras disposiciones. Por otra parte, yo nunca he hablado de este escondite a nadie y sólo de mi era conocido; además... — sonrió Lois —, de ciertos recursos que solo el alcaide de la fortaleza puede saber.

—¡Pues sí que tenían confianza unos en otros! —se rascó Nkrumah la cabeza —. ¿Y por donde nos vamos ahora? —inquirió.

Lois no contesto directamente; en lugar de hablar, fue hacia los pies de su lecho, situado en uno de los lados de la estancia, e inclinándose hizo girar una de las patas un cuarto de vuelta.

Se oyó un fuerte chasquido y al instante la cama giró sobre si misma, levantándose hacia arriba y llevando consigo un buen trozo del pavimento que había bajo ella. Una negra oquedad quedó al descubierto instantáneamente, pero Lois hizo funcionar un interruptor y la luz descubrió una pendiente en espiral, muy parecida a la que Rubén ya conocía anteriormente.

—¿Tenemos que bajar por ahí? —preguntó.

—Por supuesto contestó ella —. Síganme.

Y sin mas, sentándose en el borde de la oquedad, se dejó resbalar, alzando los brazos como para mantener el equilibrio. Rubén vaciló un segundo, pero la imitó al momento, siendo seguido con pequeños intervalos de tiempo por el resto de sus compañeros.

El descenso por la espiral pareció mas largo de lo que era en realidad. La pendiente empezó a disminuir, y cuando el joven vio que su marcha se detenía por si sola, advirtió a la joven ya de pie, a pocos pasos de él.

Los demás condenados bajaron casi al instante, mudos de asombro por lo que acababan de ver y experimentar.

—¡Diablos! — gruñó Castillo—, Esto, ¿que es? ¿Una penitenciaria o un parque de atracciones gratuito?

Lois no contesto. Camino media docena de pasos, encaminóse hacia un muro que cortaba el ca mino; se detuvo ante él y escuchó unos segundos con atención. Vaciló, decidiéndose al fin, y oprimiendo un botón hizo que un rectángulo de vidrio se iluminara, dejando ver un corredor iluminado, pero desierto.

—Este es el camino que nos llevara al lugar donde esta la astronave de emergencia —dijo.

—¿Sí? ¿Y quien la va a pilotar? —pregunto Nkrumah.

—Yo misma.

—Pero ¿por que hemos de largarnos de aquí? ¿No hemos quedado en que no conviene otra cosa que reducir la sublevación, sin dar cuatro cuartos al pregonero? ¿Que diablos pretende usted con eso?

Lois se volvió hacia el protestante.

—Porque quiero darles a Fuller y a sus compinches una lección tal que no la olvidarán por muchos años que vivan… si es que siguen viviendo después de esto —concluyó la joven con tonos poco agradables; y cerrando definitivamente el diálogo—: ¡Vamos, síganme!.

Su dedo índice oprimió un pulsador y al instante la puerta se abrió.

CAPÍTULO VI

Cinco lámparas rojas se encendieron al unísono, y los cinco fugitivos notaron instantáneamente sobre sus hombros la terrible pesadumbre de la gravedad de Plutón.

Pero esto fue sólo un instante; entrando en funcionamiento los neutralizadores de gravedad, corrigieron aquellos terribles efectos, devolviendo a los cinco cuerpos sus condiciones habituales. Lois, muy pálida, consulto el indicador haciendo las correcciones necesarias, y luego, en tanto sus compañeros hacían lo propio, dijo:

—¡Han descubierto nuestra fuga!

—Eso es algo que ya esperábamos un momento u otro repuso Nkrumah con toda tranquilidad —.

¿Qué hacemos ahora?

Los fugitivos estaban en el centro del pasillo, vivamente iluminado, pero desierto en absoluto, a excepción de ellos mismos. Lois, en respuesta a las palabras del negro, exclamó:

—¡Hemos de llegar cuanto antes al lugar donde se guardan los trajes de vacío De lo contrario, no podremos llegar a la astronave,

—Pues si ellos se nos anticipan, estamos fritos masculló el español, y viendo que los demás ya corrían les imitó a toda prisa.

Doblaron una esquina del corredor, topándose de manos a boca con dos guardias armados, los cuales se quedaron absortos y estupefactos al ver a su alcaide con tal compañía. Lois se detuvo y les dio una orden.

—|Fuller se ha sublevado, apoderándose de la fortaleza con la ayuda de unos cuantos condenados! Estoy tratando de reducirle y para ello preciso la colaboración de todos.

Los guardias se miraron el uno al otro, como consultándose mutuamente.

Al fin uno de ellos dijo:

—Muy bien, alcaide, ¿que es lo que hay quehacer?

—Síganme; ya se lo diré mas adelante.

Los guardias asintieron y se unieron al grupo. Todos Juntos ahora reanudaron la marcha en dirección al almacén de trajes de vacío, al cual pudieron llegar sin mas contratiempo. Uno de los guardianes abrió la puerta y el grupo se precipitó en aquella enorme estancia, atiborrada de toda clase de útiles espaciales.

Sin hablar una sola palabra, Lois y sus amigos se dirigieron hacia un muro del cual pendían varias escafandras de vacío. Pero apenas las hablan alcanzado cuando una enérgica voz les detuvo a todos, frenando en seco sus gestos.

—¡No toquen los trajes espaciales si quieren seguir viviendo!

Lois y los convictos tuvieron unos momentos de desconcierto al sentirse así amenazados. Los componentes del grupo giraron en redondo, enfrentándose con las bocas de las pistolas desintegrantes

que sostenían los guardias, encaradas directamente hacia ellos.

—¡Traidores! — les escupió la Joven, y uno de los guardias se echó a reír.

—La traición no es mas que una cuestión de lugar y tiempo, mi querida señorita Tootles. Joe, avisa al jefe que ya tenemos aquí atrapados a los conejitos.

—0. K., Randall —dijo el otro guardia, encaminándose hacia un interfono situado en uno de los rincones.

Sólo entonces Lois reparó en la extraña circunstancia de que, caminando ellos dentro de un denso campo gravitatorio, los guardias se hubieran podido mover con suma facilidad, cosa que no debiera haber ocurrido. Sin duda Fuller lo debía haber desconectado luego, cubriendo después todas las salidas, al prever que los fugitivos andaban buscando una.

El guardia llamado Joe se dirigió hacia el interfono, levantando el aparato y manejando los controles para establecer la comunicación. Lois miró a Rubén y este ¡e hizo un gesto de asentimiento, moviendo los párpados.

Lois lanzó de pronto un quejido, llevándose la mano al pecho, como si se sintiera indispuesta de repente. Randall lanzó un grito de alarma.

—¡Eh! ¿Que le ocurre, alcaide?

La Joven vaciló. Joe se volvió al oír la exclamación de su compañero, y las miradas de los dos guardias se centraron entonces en la muchacha, que se tambaleaba como si fuera a desplomarse en cualquier momento.

La mano de Lois se asió a uno de los trajes y éste se desprendió. Randall corrió hacia ella, en el mismo momento que, enderezándose, la muchacha le arrojaba a la cara la pesada vestimenta.

El guardia juró y renegó, en tanto trataba de desprenderse de aquellos ropajes que le impedían el libre movimiento de sus miembros. Joe, su compañero, alzo la pistola, pero no tuvo tiempo de dispararla; el centaurino se le anticipó, y al instante el esbirro se transformó en una bola de humo verdoso que comenzó a ascender lentamente hacia el techo.

Mientras tanto, Rubén, comprendiendo que debía obrar sin pérdida de

tiempo, se arrojo sobre el otro guardián. En el momento en que Randall, al fin, conseguía arrojar el traje espacial a un lado, la culata de una pistola cayó sobre su frente, y en lo sucesivo el guardia dejó de sentir interés alguno por lo que podía ocurrir en adelante.

—Por lo visto —mascullό Nkrumah, rabioso—, ese Fuller es un tipo que se las sabe todas. ¿Que hacemos con este fulano? —añadió, señalando al caído.

Lois se encogió de hombros.

—Lo dejaremos ahí — repuso —. Más adelante recibirá su castigo. Ahora debemos ponernos los trajes en seguida. ¡Ah!, y dejen fuera el neutralizador de gravedad; de lo contrario no podríamos manejarlo en el momento oportuno.

Apresuradamente, ayudándose unos a otros, se embutieron en aquellos pesados equipos, colocándose luego las escafandras. Lois en persona, secundada por Rubén, comprobó el perfecto funcionamiento de los depósitos de aire, así como el elemento térmico que habría de contrarrestar las bajísimas temperaturas del exterior, y una vez que todo estuvo listo pasaron a la compuerta que había allí mismo.

Una vez lanzado el aire de ¡a esclusa, Lois manejó el mando de apertura de la compuerta externa, encontrándose a los pocos segundos fuera de la Fortaleza, bajo la fría noche de Plutón.

Durante unos momentos el grupo permaneció quieto, admirando la salvaje belleza de aquel incomparable panorama; después, Lois, haciendo signos con las manos, hizo que las cinco cabezas se juntaran, contactando las escafandras entre si.

—No debemos usar la radio dijo, sabiendo que los sonidos de su voz se transmitían de aquella manera, por simple contacto sólido. Cada vez que alguien quiera hablar, que agite dos veces el brazo izquierdo en círculo. ¿estamos?

—Muy bien —dijo Rubén , y ahora, ¿cual es nuestra ruta?

—A la astronave replicó ella sin vacilar.

—¿Esta muy lejos de aquí?

La joven cito una cifra en kilómetros. Rubén frunció el ceño.

—¿Es que no hay ningún vehículo para llegar hasta allí?

—Prefiero ir a pie; así pasaremos mas desapercibidos.

—pero Fuller nos puede detectar lo mismo. A fin de cuentas también hay metal en nuestros trajes y éste dará señales en el radar.

Ella golpeó el suelo, impaciente.

—¿Qué le ocurre ahora, Langdorff? ¿Es que se va a echar atrás, cuando la cosa no tiene remedio?

—No, salvo que no lo entiendo del todo —gruñó él. Todo esto me parece demasiado misterioso y demasiado complicado para lo que deseamos obtener. Primero dice que no hay que armar ruido; luego que tenemos que apoderamos de la astronave...

—Langdorff tiene razón —observó Nkrumah.

La joven volvió a impacientarse.

—¡Estúpido! ¿Es que no ven que si nosotros no nos apoderamos de la astronave lo hará Fuller?

—Pero él puede usar algún oruga y anticipársenos —objetó Rubén.

—No lo hará; en estos momentos tiene demasiado trabajo. ¡Miren! —indicó ella.

Las escafandras se separaron y sus propietarios volvieron la vista hacia el lugar que la joven señalaba. La cúpula, que albergaba a los presidiarios estaba a unos ciento cincuenta metros de ellos, vivamente iluminada por un chorro de proyectores cuya luz iluminaba justamente el ámbito del recinto carcelario, dejando el resto sumido en las sombras.

Desde el lugar en que se hallaban pudieron ver perfectamente la agitación que movía incesantemente a los condenados. Lois hizo girar dos veces el brazo izquierdo y cuando todos hubieron juntado por segunda vez las escafandras dijo: .

—Ahora. Fuller se va, a ver en un verdadero compromiso. Sabe que nos hemos escapado, pero para intentar detenemos ha de aplacar antes a los presidiarios. Y no es tarea fácil; puedo asegurarlo.

—Por supuesto replicó venenosamente L'lan —; usted sabe de esto mucho más que nosotros.

Lois no dijo nada; lanzó una profunda mirada al centaurino, y luego,

enderezándose, agitó la mano, tendiéndola después hacia un punto del horizonte. El grupo, sin más, se sumió en las tinieblas de Plutón, caminando sobre un duro suelo, cubierto enteramente de gases helados.

* * *

Varias horas más tarde Lois ordenó hacer alto.

Ella misma indico lo que podían hacer, sentándose en el suelo, y poniendo en funcionamiento su emisor individual, pero reduciendo al mínimo el alcance de ella, con el fin de que sus palabras no pudieran ser captadas por Fuller y sus secuaces. Los otros imitaron a la joven y pronto estuvieron en disposición de conversar con cierta comodidad.

Mientras tanto, los ojos de Rubén Langdorff recorrieron el espacio que tenía ante ellos, y que se diferenciaba en bien poco del que rodeaba a la fortaleza de la cual habían huido antes. Salvo los afilados picachos que se alzaban a alturas de vértigo en tomo suyo, el resto del suelo estaba cubierto por una dura capa de hielo, cuya frialdad, sin embargo, no conseguía traspasar el perfecto aislamiento de los trajes de vacío. EL joven se dijo que Lois debía ser una perfecta conocedora del terreno para haber caminado todo el rato en línea recta, sin la menor vacilación. Pero casi de inmediato prestó atención a las palabras que se estaban cruzando entre sus compañeros de aventura.

—¿Falta mucho para llegar a la astronave, alcaide? —acababa de preguntar Castillo.

—Un par de horas, a lo sumo.

—No entiendo —gruño L'lan —, por qué no habían de tenerla un poco mas cerca de la fortaleza. Me parece una estupidez situarla a tanta distancia.

—Alguien, cuando se instaló aquí el presidio, juzgó oportuno tenerla en el sitio en que ahora se halla. Entonces no se conocía aún la poderosa arma que era el campo gravitatorio, y las posibilidades de una evasión eran mucho mas favorables. Claro es que —añadió Lois — hablo de un siglo atrás.

—Así anda el mundo —renegó Nkrumah—; recogido por una burocracia rígida e incapaz, aferrada a unas normas tradicionales que solo pueden estar bien en un museo.

—Yo no tengo la culpa do lo que sucede… —se excusó la joven, mirando a Rubén. pero este tenía los ojos fijos en otro punto.

A unos trescientos metros del lugar en que se hallaban, una extensión de terreno relativamente plana, la lisura del suelo se veía cortada por una profunda grieta o hendidura, cuya profundidad no podía calcularse, puesto que no se divisaban todos sus detalles desde allí. Y si se advertía tal cosa era debido a que el hielo se interrumpía bruscamente, convirtiéndose el resto en una masa oscura de dificil identificación.

A Rubén le pareció que algo raro ocurría al final de la llanura. No estaba muy seguro de ello, pero le pareció haber observado algún chispazo de luz. Lo cual en modo alguno podía confundirse con la reflejada de las estrellas en aquella superficie eternamente helada.

—¿Que le ocurre? — inquirió Lois, súbitamente intrigada.

Rubén frunció el ceño, tratando de taladrar las tinieblas con la vista. Nuevamente se repitió el fenómeno, y aunque el chispazo fue tan tenue como rapidísimo, la cosa sucedió ahora de modo, que no quedo la menor duda en el ánimo del joven.

Contesto por señas, y luego desconecto la radio de modo que fuera bien visto por sus compañeros. Movió el brazo izquierdo en la forma convenida, y cuando las cinco escafandras se hubieron unido declaró:

—Hay gente extraña al otro lado de la llanura.

Lois se sobresalto; miro un instante en la dirección en que indicaba el joven y acabo preguntando:

—¿Por que lo dice, Langdorff? ¿Cómo lo sabe?

—Pues...— el aludido iba a replicar cuando, en aquel momento, todos los cinco percibieron un raro fenómeno.

El suelo se estremeció violentamente como si fuera agitado por un terremoto. A lo lejos, una gran lasca de hielo se desprendió con sonoro estrépito que, si bien no fue transmitido por una atmósfera que no existía, en cambio fue percibido claramente a través de las vibraciones originadas en el suelo.

Los cinco se miraron con gesto aprensivo. Dudaron unos momentos y al fin, Rubén lazó señas de unir las escafandras de nuevo.

—Ahí, al otro lado, hay gente —dijo.

—¿Que clase de gente inquirió Lois.

Rubén la miro extrañado.

—Creí que usted debería saberlo —exclamó.

—Pues...

—Eso quiere decir —repuso el joven notando las vacilaciones de Lois —, que esos individuos que hay al otro lado son sospechosos. ¿no?

Lois asintió con un breve movimiento de cabeza.

El dijo entonces:

—Vamos, con las debidas precauciones y las armas a punto, a ver de que se trata.

0tra explosión dejó sentir sus efectos a través del suelo. El grupo no esperó más y, poniéndose en pie, todos sus componentes echaron a correr hacia el lugar de donde parecían provenir las explosiones.

Durante su camino los estremecimientos de la tierra se hicieron notar un par de veces más. Rubén y sus amigos corrieron, esparcidos de modo maquinal, tratando de ofrecer el menor blanco posible a las eventuales miradas de unos desconocidos cuyas intenciones no podían prever.

Unos minutos más tarde llegaban al borde de la planicie, en el cual sobresalían unas rocas de escasa elevación, a modo de antepecho o paramános, tras las cuales se parapetaron las cinco personas.

Rubén, junto a Lois, asomó la cabeza con precaución, y lo que vio, al igual que al resto de sus compañeros, le dejó completamente estupefacto.

Bajo ellos, a unos doscientos metros de profundidad, en el fondo de una enorme excavación que más parecía el cráter de un antiguo volcan apagado desde tiempos inmemoriales, brillaban las luces de una docena de potentísimos reflectores, iluminando con cegadora claridad el espacio enfocados bajo sus rayos, formando *un círculo* de unos doscientos metros de diámetro.

Aquella luz hería los ojos.

En el ámbito luminoso, una docena de hombres, todos ellos equipados con escafandras de vuelo y seguramente con neutralizadores de gravedad, iban y venían de un lado para otro, ejecutando una serie de trabajos que el más lerdo hubiera supuesto inmediatamente eran de prospección minera. Al pie de una de las torres que mantenían una pareja de reflectores se veían diversas construcciones, del tipo prefabricado, en donde seguramente aquellos hombres tenían su vivienda, además de otras que parecían contener el grupo de energía que subministraba la necesaria para la iluminación, calefacción y demás necesidades técnicas o de comodidad del campamento minero.

Uno de aquellos pasó, montado en un oruga que remolcaba un artefacto, que Rubén reconoció como parte de un equipo de sondeo. Tres o cuatro más se hallaban afanados en un punto del campamento, situado casi en su centro y, de repente, el grueso se disolvió, echando a correr sus componentes en distintas direcciones, al mismo tiempo que avisaban a los demás.

El joven supuso instantáneamente lo que iba a suceder. De pronto, un chorro de rojas llamas salió proyectado a lo alto, junto con un montón de rocas y bloques de hielo, que luego fueron cayendo al suelo, en derredor del pequeño cráter abierto por la explosión. El suelo tembló, y cuando los efectos del estallido hubieron pasado, los mineros volvieron allí, dedicándose a extraer las muestres que precisaban para sus análisis.

Rubén miro a Lois y esta acercó su escafandra lo suficiente para poder conversar.

—¿Quiénes cree usted que puedan ser esos individuos? —preguntó él.

—No lo sé; no tengo la menor idea. Es la primera vez que los veo aquí y, por supuesto, nunca oí hablar de ellos.

—Están haciendo prospecciones de mineral. A mi entender, lo hacen bajo tapadillo, ¿no cree?

—Si, y las cosas podrían costales un disgusto si las Patrullas del Espacio se enteraran.

—Pero no es fácil que los vean, a pesar del derroche de luz tan escandaloso que hacen. A nadie se le ocurrirá mirar aquí y…

—Lo harán cuando yo avise a las Patrullas de lo que está ocurriendo, Langdorff. Y esto va a suceder en cuánto lleguemos a nuestra nave.

—Pero entonces se enterarán del motín en la Fortaleza, cosa que, según creo, usted quiere evitar.

—Ya no me importa —dijo ella —. Considero que esto es más importante. ¡Vamos!

La Joven se puso en pie y Roben y los otros la imitaron.

Se disponían a dar media vuelta cuando, de pronto, una voz resonó claramente en los receptores de sus escafandras. Pues no habían desconectado más que la emisión de sonidos.

—Quietos todos! ¡No se muevan si no quieren perecer desintegrados!

Cogidos por sorpresa, los cinco se volvieron, hallándose frente a dos hombres que, situados a cortísima distancia de ellos, les encañonaban con sendas pistolas desintegrantes. Rubén contuvo una maldición.

Por su parte, Lois, enormemente sorprendida, dio un paso atrás, sin darse cuenta de que estaba al borde de la cortadura. De pronto, el pie le falló y, lanzando un grito agudísimo, que no pudo ser oído sino por ella, cayó en el vacío.

CAPÍTULO VII

Lois resbaló algunos metros por una pronunciadísima pendiente cubierta de hielo, en tanto que sus gritos de pavor quedaban retenidos en el interior de su escafandra, sin ser escuchados por nadie. Pero, de pronto, su vertiginoso descenso quedo frenado por una roca saliente, que aparecía al exterior en forma de cuchara, con lo cual la joven evitó una muerte mas que segura, lo cual se hubiera producido inevitablemente de no haber sido por aquella inesperada contingencia.

La joven quedo allí, un poco aturdida y mareada, por las vueltas que había dado en su caída, sin saber exactamente lo que la estaba pasando, y hubieron de transcurrir algunos minutos antes de que recobrara una cabal conciencia de las cosas.

Pero esto, lógicamente, no lo sabían los de arriba.

Rubén intento volverse y auxiliar a la muchacha, al ver que ésta perdía pie, pero le detuvo en seco una enérgica orden dada por uno de

—¡No se muevan! ¡Es la última vez que lo repito, ¿me oyen?

Comido por la rabia y la cólera, Rubén, así como sus compañeros, hubo de permanecer inmóvil, lleno de angustia y ansiedad por la suerte que hubiera podido correr la joven, ignorando que Lois se había salvado. Alzo sus manos y aguardó.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —preguntó el desconocido.

Con lentitud, con *mucho cuidado*, Rubén se señaló la escafandra. El hombre que tenia enfrente comprendió.

—De acuerdo, amigo. Conecte el micrófono, pero no haga ningún otro movimiento o lo tostaré. Y ustedes también; quiero saber quiénes son y que es lo que hacen aquí, vamos, contesten pronto!

Rubén se dijo que no conducía a nada ocultar su identidad y las circunstancias que les había llevado hasta aquel lugar, ya que, por otra parte, tanto los hombres que les amenazaban como el resto de los que se hallaban en el fondo de la hondonada, no parecían tener ninguna base legal para encontrarse en aquel lugar. Resignado, pues, dijo:

—Somos cuatro evadidos de la Fortaleza Negra. Íbamos en busca de la astronave de emergencia de la *penitenciaría*, cuando nos topamos con ustedes... Y...

—¡Evadidos de la Fortaleza! —repitió el desconocido, con inmenso asombro. Luego exclamó —: ¡Eso es imposible! ¡nunca se ha conocido un caso de fuga de aquel lugar! ¡Están mintiendo descaradamente!

No hay mentira que valga, amigo —repuso el joven —. Pregunte a mis compañeros, uno por uno, y ellos dirán lo mismo que he dicho yo.

El individuo pareció dudar. Se volvió hacia su compinche, como consultándole con la vista, y luego miró de nuevo a Rubén.

—Habló de que son cuatro los evadidos. ¿Y el tipo que se cayó?

—No es un hombre, sino una mujer —dijo Rubén, intimamente dolido por la que él suponía horrenda suerte de la joven —. Y se llamaba Lois Tootles, el alcaide de la Fortaleza.

—¡Oiga! ¿Pero es que se cree que a mí se me puede tomar el pelo

impunemente? ¿Una mujer... y alcaide de la Fortaleza Negra, nada menos? ¿De dónde han sacado esa larga historia de embustes?

Rubén hizo un gesto de cansancio.

—Piense lo que quiera y crea lo que le dé la gana. Estamos en sus manos y no podemos hacer otra cosa que soportar sus impertinencias. Y ahora, digamos. ¿que es ¿o que piensan hacer con nosotros?

—Por mi parte, le daría la solución al momento —dijo el otro, con siniestra entonación en sus palabras —. Pero, desgraciadamente, no soy yo quien mando, de modo que por ahora pueden ir dando gracias a Dios.

—¿Nos lleva abajo? —pregunto Nkrumah.

—¡Claro! ¿Donde piensa que puedo llevarles, estúpido? ¡Vamos en marcha!

Obedeciendo las indicaciones del desconocido, Rubén y sus tres compañeros echaron a andar, volviendo la espalda al lugar por donde había desaparecido Lois. El joven lamento la mala suerte de aquélla, pero no podía hacer otra cosa que caminar, sintiendo en sus espaldas las pistolas desintegrantes de aquella pareja de individuos.

Rodearon el borde del cráter durante unos doscientos metros, al, cabo de los cuales apareció ante los asombrados ojos de los convictos un amplio camino, cuya explanación, saltaba a la vista, se había hecho apresuradamente; pero que, no obstante, permitía el tránsito de toda clase de vehículos por pesados que fueran, por su amplia cinta. Ésta iba en descenso, rodeando las casi verticales paredes del cráter, hasta concluir en su fondo, ancho de casi un kilómetro.

Tardaron un buen rato antes de llegar al fondo de la enorme hondonada, y su llegada, naturalmente, produjo una gran expectación. Varios de los individuos corrieron hacia el grupo, acosando a preguntas a los dos compañeros, pero estos se excusaron diciendo que era al Jefe a quien competía tomar una resolución sobre los prisioneros.

Continuando su camino, atravesaron el campamento, bajo los deslumbradores focos, observando atentamente la enorme cantidad de maquinaria que allí había, lo cual significaba numerosos viajes de varias astronaves para transportar todo aquel material. Rubén tomo buena nota mentalmente de lo que veía, y no dijo nada, hasta que les obligaron a detenerse ante un barracón estanco de buenas

dimensiones, provisto, como era de esperar, de una esclusa para permitir el acceso a su interior.

En el interior de la esclusa fueron obligados a despojarse de sus escafandras de vacío. La compuerta interna se abrió y se les hizo pasar al barracón.

Un hombre, ya advertido, salió a recibirles. Rubén observó que sus captores, precavidamente, no se habían despojado más que de los cascos de sus escafandras. Estos quedaron a una prudente distancia, después de haberlos desarmado, dejándolos frente al desconocido.

El jefe de los mineros era un hombre alto, robusto, de poderosa musculatura y ojos que brillaban vivamente bajo unas espesas cejas, denotando una gran inteligencia y decisión. Vestía someramente, debido a la excelente climatización del edificio, y una vez los tuvo frente a él, les saludo con una breve inclinación.

—Sean bienvenidos a mis posesiones, amigos Me llamo Jaffer. Caleb Jaffer, y soy el jefe de esta explotación minera. ¿Puedo saber sus nombres, amigos?

Rubén dio el suyo y el de los demás, relatando después, a petición de Jaffer, los motivos por los cuales se encontraban allí. Cuando terminó, Jaffer se acarició pensativamente la mandíbula.

—¡Hum! —exclamó —. Un poco duro de creer. ¿no lo piensa así, amigo Langdorff? Que yo sepa, nadie hasta ahora logró escaparse de la Fortaleza

Negra. ¿Por que habían de ser ustedes los primeros?

—Ya le dije — repuso Rubén con paciencia —, que el alcaide, la señorita Tootles, fue la que, en vista del motín, nos ayudo a escapar. Ella misma venia con nosotros y se despeñó por el acantilado.

—Muy bien asintió Jaffer —, muy bien; posiblemente sea como ustedes dicen. Pero mientras tanto, encontrarán lógico que yo quiera cerciorarme de sus manifestaciones, ¿no es así?

—Nos tiene en su poder, Jaffer, y puede hacer lo que quiera contestó Rubén tranquilamente.

El jefe de los mineros dio entonces una orden:

—Henche, Vargas, vayan y busquen por el lugar donde cayo esa

supuesta señorita... ¿como dijo? ¡Ah, si Tootles! No se vuelvan sin su cadáver... o lo que quede de él concluyó Jaffer con siniestro acento. cuya significación no se escapó a ninguno de los cautivos.

L’lan masculló una interjección completamente terrestre.

—¡...! Para esta faena, mejor nos hallábamos en la Fortaleza ¿Qué piensa usted hacer con nosotros, Jaffer? ¿Liquidarnos?

—Pues... no crea usted que seria mala idea, L'lan. Habrá podido darse cuenta, sin duda alguna, de que nuestra estancia aquí es completamente clandestina y que, si nos encuentran, la cosa puede costarnos muy cara. Están completamente prohibidas las prospecciones mineras que no son a beneficio del Gobierno, y todo aquel que pescan con las manos en la masa, pasa automáticamente a ser un huésped más de esa Fortaleza de la, que ustedes aseguran haberse evadido. Pero, aunque lo pongan en duda, yo tampoco soy el jefe absoluto aquí, y por lo tanto, me tendré que limitar a poner el hecho en conocimiento de quien paga... y manda.

—¿Quiere eso decir que nos va a retener como prisioneros? —masculló Nkrumah, evidentemente molesto.

Jaffer hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—A menos — dijo — que prefiera usted, cosa que le aseguro no impediré salirse a dar un paseito sin escafandra por la superficie de Plutón. Si se le antoja el capricho, dígamelo; le complaceré sin tardar un momento.

—Gracias —masculló el gigantesco negro—. Por ahora prefiero esperar.

—Sensatas palabras — sonrió Jaffer. Acto seguido, extendió la mano —: Por aquí, háganme el favor.

Obedeciendo las indicaciones del jefe del campamento minero. Rubén y sus amigos pasaron al interior de otra habitación más reducida que la anterior, la cual, según se veía claramente, era utilizada únicamente como dormitorio para los mineros.

Con una sarcástica sonrisa en los labios, que no prometía nada bueno, Jaffer cerro la puerta cuidadosamente, dejándolos solos.

Durante un buen rato, un consternado silencio reino entre los cuatro condenados. Después. Nkrumah fue el primero en hablar, pidiendo

algo que, por el momento, parecía tan inaccesible como su propia libertad.

—Estos granujas, al menos, podían habernos dado de comer. Diciéndolo claramente, estoy muerto de hambre.

—Tendremos que echar a suertes — murmuró L'lan con lúgubres acentos.

—¿A suertes? — repitió Castillo.

—Si. 0, al menos, eso es lo que, se hace en vuestro planeta en circunstancias como la nuestra, ¿no?

Castillo soltó un buflido de desprecio.

—Tú estás empachado de una literatura de aventuras, que ya no se estila gruño —. Además, ¿cómo íbamos a cocinarte, en caso de que te tocaran las de perder?

—A mí me parecería que estaba comiendo carne de lagarto — dijo despreciativamente el negro.

Las rojas pupilas del centaurino despidieron rayos de cólera.

—A mi, en cambio, me parecería que el asado se me había quemado.

Y Castillo soltó, sin poderse contener, una estentórea carcajada.

Los dos hombres se miraron como gallos de pelea, prestos a lanzarse el uno sobre el otro. Pero Rubén, extendiendo los brazos, se interpuso entre ambos, procurando devolverles la sensatez.

—¡Vamos, vamos, muchachos; hay que saber soportar las bromas! No es posible creer que estos tipos vayan a matarnos de hambre.

—Pues no parece que tengan intenciones de alimentarnos masculló — L'lan.

—¿Qué es lo que piensen hacer? —pregunto el español.

—Ya lo has oído, Ramón — contesto Rubén —.

Primero van a ver...— y el corazón le dolió al joven, sin saber exactamente la causa —, si encuentran a Lois.

—Se habrá echo papilla — dijo Nkrumah —. No hay cuerpo humano,

aunque este embutido dentro de una escafandra, que soporte una caída como aquella.

—De todas formas... cuando la encuentren, creerán en nuestras palabras dijo el joven.

—Y entonces nos soltarán, ¿verdad? ¡Qué iluso! — refunfuñó L'lan.

—Algo tendrán que hacer con nosotros. Evidentemente, les hemos causado un gran trastorno, pero no les supongo tan desalmados como para matarnos a sangre fría.

—Acaso nos devuelvan a la Fortaleza sugirió Nkrumah.

Rubén denegó con un vigoroso movimiento de cabeza.

—No, no puedo creerles capaces de tal cosa.

—¿Por que? —preguntó Castillo.

—Seria lo mismo que delatar su presencia aquí, y eso, vosotros mismos lo habéis visto, es cosa que no les conviene en absoluto.

—¿Y no serán cómplices de Fuller? —preguntó el centaurino.

—No lo —creo repuso el joven —. De lo contrario, no se les habría visto tan asombrados al encontrarse ante cuatro presidiarios fugados.

—A mí me parece — dijo Nkrumah pensativa mente —que todo este jaleo es muy complicado, pero que hay más de un bando que lucha por hacerse con el asunto de las explotaciones mineras. Fuller por un lado, Jaffer por otro y...

El negro se interrumpió. Rubén, mirándole, le preguntó:

—¿Y quien más?

Los dientes de Nkrumah se mostraron en todo su brillo al sonreír su dueño.

—No lo sé. Rubén; hablaba solo por hablar, ¿sabes?

El joven iba a decir algo más, pero prefirió callar. Después, dando media vuelta, se aproximó a una de las ventanas circulares de que estaba provisto el barracón y que daba vista al lugar donde, con metódica regularidad, se proseguían los trabajos de sondeo y prospección. De vez en cuando, alguna explosión lanzaba su roja

llama a lo alto, en tanto que la tierra era sacudida fuertemente. Después de la breve interrupción, la labor se reanudaba todavía con más afán que antes.

Así pasó un rato, de duración indeterminada, que no supieron calcular los cautivos, quienes continuaron su charla con intervalos de languidez y animación muy irregulares.

De pronto, cuando menos se lo esperaban, la puerta de su encierro, se abrió.

Rubén y sus amigos se volvieron. Jaffer estaba en la puerta, con los ojos brillándoles de rabia. Tras él se velan sendas pistolas empuñadas por sus esbirros, Henche y Vargas.

—¡Me han engañado ustedes, señores míos! — exclamó casi gritando.

Rubén avanzó un paso.

—No sé a qué sé refiere usted, Jaffer — dijo serenamente.

El aludido le dio una orden. Y

—¡Quieto ahí! ¡No se mueva o lo pasará mal!, ¿me entiende?

—Pues... no, señor Jaffer; no lo entiendo, a pesar de que usted pretenda lo contrario. ¿Quiere explicamos lo que le ocurre ahora?

—Es muy sencillo dijo el jefe, con tono de ira concentrada —. Me han engañado ustedes, porque ni son convictos fugados de la Fortaleza Negra, ni el alcaide les ayudó en su fuga.

—¿Qué está diciendo, Jaffer? —gritó Nkrumah.

—¿Va a hacernos pasar por mentirosos? ¡Vea mi número de identificación; el que me tatuaron en la Penitenciaria apenas ingresé en ella!

—El negro descorrió el cierre relámpago de su traje, enseñando el pecho en el cual se veían unas cuantas cifras de modo que no dejaban el menor lugar a la duda. Pero ni esto consiguió convencer a Jaffer.

—Ese número puede ser una argucia de ustedes para dar mas visos de realidad a sus palabras. Sin embargo, hay un hecho indiscutible, que les deja en muy mala postura.

—Y, qué suceso es ese que usted menciona, Jaffer? — preguntó L'lan

belicosamente, sin importarle poco ni mucho las pistolas de sus secuaces.

—Uno, muy sencillo, pero que descubre inmediatamente la impostura que creían hacernos tragar, como si fuéramos niños de pecho. ¡No hemos encontrado el cuerpo de la que ustedes llaman señorita Tootles!

—¿Eh?

La exclamación brotó al unísono de los labios de los cuatro presidiarios, ninguno de los cuales acababa de creer las sorprendentes palabras de Jaffer. Rubén, sin embargo, fue el primero en recobrarse, y extendió el dedo en dirección a Henche y Vargas.

—Sus hombres lo vieron tan bien como nosotros. La señorita Tootles, asombrada por su inesperada presencia, retrocedió y perdió pie. No habrán buscado bien, se lo aseguro; de lo contrario, la habrían hallado.

—Han buscado hasta dolerlos los ojos — gruñó Jaffer —, y ese cadáver no ha sido hallado, por la sencilla razón de que no existe más que en su imaginación. Creyeron inventar una bonita excusa, pero no les va a servir de nada.

—¡E?!, eh! ¿Que es lo que piensa hacer de nosotros, jefe — preguntó el español, agarradísimo.

Una maligna sonrisa torció los labios de Jaffer.

—No tardarán mucho en saberlo. Tengo que ponerme en contacto con determinada persona... ¡y estoy absolutamente seguro de las órdenes que me va a dar! Ustedes mismos — terminó — pueden suponérselas, ¿no?

Jaffer retrocedió, dispuesto a cerrar la puerta, pero entonces la mano de Nkrumah se extendió.

—¡Oiga, amigo! Mientras piensa el mejor modo de tostarnos, ¿no nos van a dar algo de comer?

—¡Muéranse de hambre! — fue la abrupta contestación que recibieron las palabras del negro, junto con un vigoroso portazo que hizo vibrar sonoramente la estructura entera del barracón.

Nkrumah miró a sus compañeros, extendiendo las palmas de las manos con aire compungido, al mismo tiempo que decía:

—Pues no deja de ser ésta una bonita situación. ¿verdad?

El tiempo empezó a pasar lentamente para los cuatro cautivos, los cuales estaban resignados ya con la poco agradable suerte que les estaba esperando. Una hora más tarde, los grandes reflectores que iluminaban los lugares de trabajo, se extinguieron uno a uno, dejando el lugar sumido en las tinieblas.

La obscuridad indico a los cautivos que había concluido ya la jornada de trabajo. Poco tardaron en oír en la estancia inmediata las voces y las risas de los mineros, junto con el choque de platos y cuchillos; estaban reparando fuerzas con una substanciosa comida.

El pensar que al otro lado de la puerta había comida y bebida en abundancia provocó una abundante secreción de saliva en los cuatro convictos. Pero nadie se acerco allí siquiera con un plato de sopa, y poco a poco, el ruido se fue extinguiendo. Los mineros, concluida la cena, se habían ido a dormir.

Rubén se dijo que también a él le convenía descansar, pasara lo que pasara. Busco una litera, de piso bajo, la cual tenía junto a la cabecera, el redondo orificio de una lucerna, y se tendió en ella.

Durmió durante un espacio de tiempo que no supo calcular, hasta que de pronto, unos ruiditos repetidos a intervalos regulares, acabaron por taladrar la coraza de su sueño.

Antes de abrir los ojos, Rubén frunció las cejas, tratando de adivinar de donde procedían los ruidos. Pero no tardó en darse cuenta de que alguien golpeaba sistemáticamente el tabique del barracón, y precisamente por el lugar en que él se encontraba.

Se sentó en la litera, mirando a través de la lucerna, y entonces vio, pegado al vidrio de la misma, el casco de un traje de vacío, en cuyo interior se divisaban claramente las lindas facciones de Lois.

CAPÍTULO VII

No dejó Rubén que el asombro paralizara por mucho tiempo sus movimientos. Recobrándose en seguida de la inaudita sorpresa que le causaba el ver viva a la muchacha, a la cual habla creído horriblemente destrozada en la caída que sufriera, se levantó de un

salto.

Tocó a sus compañeros rápidamente, despertándolos y haciéndoles guardar silencio por señas. Hecho esto, volvió de nuevo junto a la ventana, mirando a Lois.

Era imposible, naturalmente, comunicarse de otra manera que no fuera la mímica. Pero Rubén supo en seguida que la joven se proponía libertarlos, y el hecho hubo de causarle, así como a los otros tres, la consiguiente alegría.

Después de un minuto de intercambio de signos más o menos expresivos, Lois se retiró de la lucerna, encaminándose hada la esclusa de entrada. Rubén se volvió entonces hacia sus compañeros.

—Debemos estar dispuestos a ayudarla — dijo.

—Muy bien — aprobó el negro —. Pero ¿como Y con qué?

La vista del joven buscó algo y lo halló casi al instante. En el dormitorio había una mesita y Un par de sillas, una de las cuales tomó con gesto decidido.

—De momento — contestó —, nos arreglaremos con esto. Luego... ya veremos.

Castillo y L'lan tomaron la mesa y la otra silla, respectivamente, en tanto que Nkrumah abría y cerraba sus enormes manazas, cosa de mal agüero para el desgraciado que tuviera la mala suerte de colocar su garganta entre ellas. Y una vez resuelto el problema del armamento, corrieron hacia la puerta, en donde co colocaron a ambos lados, aguardando expectantemente.

Con el oído pegado a ella, escucharon todos los sonidos procedentes del exterior. Oyeron a alguien renegar, lamentándose de su sueño interrumpido, al mismo tiempo que echaba pestes del rezagado, y de pronto, las quejas del individuo callaron bruscamente.

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió y en su umbral apareció Henche con las manos en alto. Detrás de él, y encañonándole con una pistola, estaba la joven.

¡Craaack!

El puño derecho de Nkrumah salió disparado, alcanzando a Henche en plena mandíbula. El individuo quedó fulminado en el acto, y el negro

dijo:

—¡Un estorbo menos! ¡Gracias, señorita Tootles! La joven agitó las manos, recomendando silencio, pues sus palabras no podían llegarles. Rubén lanzó un gruñido y las exclamaciones de Nkrumah quedaron cortadas en el acto.

Lois indicó la urgencia de equiparse de nuevo con las escafandras. Fueron al lugar en donde estaban, reconociéndolas en el acto, pues eran de color anaranjado, como todas las de la Fortaleza, en tanto que las de los hombres de Jaffer eran rojas. Con el fin de que no les pudieran perseguir, Rubén se dedicó a abrir la espita del aire, vaciando los depósitos, aunque sin inutilizarlos, pues no quería matar a nadie; solamente hacerles perder tiempo recargando de nuevo los depósitos con el compresor, lo cual les daría a ellos una gran ventaja.

Rubén fue uno de los Primeros en colocarse la escafandra. Tocó la de la chica y le preguntó: —¿Como diab..., perdón, como pudo escapar? Todos la creíamos ya muerta.

Ahora no tenemos tiempo que perder en explicaciones, Langdorff. Después, cuando haya desaparecido el riesgo que estamos corriendo.

Rubén asintió y aún ayudó a Castillo a terminar de ajustarse su traje de vacío. Cuando los numero estuvieron listos, y después de haber recobrado sus armas, se dirigieron hacia la esclusa.

Rubén no llegó a saberlo nunca, pero se volvió, sintiendo una extraña premonición que le advertía de un peligro próximo. En el momento en que lo hacía. Vargas, el otro hombre de confianza de Jaffer, salía de su dormitorio, sin duda alarmado por algún ruido que ellos no habían podido evitar.

Vargas se dio cuenta al instante de lo que pasaba. Dio un salto hacia atrás y penetró en el lugar de donde había salido, para surgir al instante armado con una pistola desintegrante. La acción fue tan rápida que Rubén no la pudo impedir.

Pero si, en cambio, supo disparar antes. Ganándole por la mano a su contrario. La pistola que sostenía chasqueó, y Vargas se convirtió de inmediato en una verdosa nube de humo que se retorció de forma siniestra.

Sin embargo, aquello no había podido hacerse sin ruido. Bloqueados para ellos los sonidos externos por las escafandras, que solo recibían los transmitidos por contacto o por las ondas radiales, no habían

podido oír los gritos con que el desaparecido Vargas había alertado a sus compañeros.

Uno de estos salió, quedándose estupefacto al ver a cinco desconocidos enfundados en otras tantas escafandras, en actitudes nada pacíficas para él. Poco tiempo le duro su asombro, pues varios disparos le alcanzaron de lleno, haciéndole desaparecer de forma casi instantánea.

Pero no todos los disparos habían alcanzado al individuo. Un par de ellos habían llegado ya demasiado tarde y, pasando por el lugar donde antes había estado su cuerpo, estallaron en la pared del fondo del barracón, abriendo en ella un gran orificio.

Rubén comprendió instantáneamente lo que iba a ocurrir. El aire del barracón se precipitó rugiendo por aquella abertura, convertido en una nube de vapor helado, provocando con ello una baja instantánea en la presión interna del edificio. Al mismo tiempo, un fuerte remolino se originó allí adentro, y L'lan, el más ligero de todos, hubo de agarrarse a Nkrumah para no ser arrastrado por aquel torbellino.

En cambio, dos de los secuaces de Jaffer no pudieron evitar los efectos de aquella súbita descompresión. Sus caras se amorataron, al mismo tiempo que de su garganta salían horribles aullidos que solo podían figurarse Rubén y sus amigos Los desgraciados, braceando y pataleando frenéticamente, intentaron resistirse a una suerte que ya no tenía remedio para ellos. Uno de los dos quedó un segundo atravesado sobre la ancha abertura provocada por la explosión, mas la presión del aire empujaba demasiado, y acabo por salir proyectado al exterior, en donde, en pocos segundos, quedó convertido en una estatua de quebradiza carne congelada.

Lois volvió el rostro para no contemplar aquel horror. Rubén la tomo por el brazo intentando tranquilizarla, pero la joven se recobró casi en seguida.

Puesto que ya estaba hecho el vacío en el interior del barracón, no era preciso que recurrieron a los servicios de la esclusa. Por el mismo orificio salieron fuera, no sin antes haber recorrido el interior del pequeño edificio, dándose cuenta de que habían perecido media docena de los secuaces de Jaffer. —Pero éste no se encuentra aquí —resumió Rubén, al cabo de unos momentos.

—Eso es — dijo Nkrumah —. ¿Donde diablos se habrá metido ese pájaro?

—Voló — rió Castillo, y el negro soltó un bufido.

—La cosa no es para echarla a broma. Ese Jaffer es más peligroso que una serpiente de cascabel, y si está vivo, nos va a dar todavía muchos quebraderos de cabeza.

—Lo mejor que podemos hacer entonces — dijo Rubén —’es alejarnos de aquí. Y cuanto antes mejor.

—Por supuesto — asintió el negro —. Pero no sin antes hacer algunas cosas que no quiero dejarme en el tintero. Voy a darle un disgusto a Jaffer.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo. Nkrumah?

Pero el negro no le contesto; tomando por el brazo a Castillo, acababa de decirle:

—Tú, ven conmigo y échame una mano.

El español obedeció, en tanto que L’lan se quedaba Junto a ¡a pareja.

Puesto que no podían hacer nada, por el momento, y Jaffer no parecía iba a llegar en aquellos instantes, Rubén pidió una explicación a Lois, que la joven dio de buena gana.

Contó lo sucedido hasta quedar retenida por el saliente rocoso, luego añadió:

—Cuando me recobré, inicié la ascensión. La cosa no fue nada fácil, por que el hielo era muy liso y resbalaba casi continuamente. Hube de arrancar con las manos una lasca de piedra, la cual me sirvió para tallar unos burdos escalones en la pared de hielo, Y así conseguí llegar hasta arriba. Entonces me di cuenta de que habían desaparecido ustedes y supuse que sus captores, creyéndome muerta, se los habían llevado consigo, como así sucedió, en efecto.

Puesto que no tenía otra cosa mejor que hacer, aguardé allá arriba. El tiempo se me hizo muy largo hasta que vi apagarse las luces, comprendiendo entonces que la jornada de trabajo ya se había acabado. Bueno, como me había fijado en el lugar en donde los habían encerrado, pues desde allá arriba se domina todo esto magníficamente, no tuve sino emprender el descenso, cuidando de no ser vista. Fui de barracón en barracón, hasta que los hallé a ustedes. El resto... bien, lo vieron lo mismo que yo,¿no?

Rubén lanzó un suspiro con el cual pretendía expresar su conformidad a las palabras de la muchacha.

—Jamás como hoy me ha parecido ver un fantasma. He oído hablar de que a veces, los astronautas, en sus viajes por el espacio, creen ver visiones de bellísimas mujeres que les atraen con sus canciones, las cuales atraviesan el espesor de los cascos metálicos de las naves. Algunos, si el viaje es demasiado largo, llegan a enloquecer y abren las compuertas, precipitándose el vacío., y creyendo ir a los brazos de esas sirenas del espacio, lo único que consiguen es matarse a sí mismos.

Lois rió, evidentemente complacida.

—Pero no irá a decir ahora que las sirenas de estos tiempos usan escafandras de vacío, ¿verdad?

—Desde luego que no — contesto el joven —. Ahora bien, puedo asegurarle que me llevé un susto mayúsculo cuando la vi. Francamente, señorito Tootles...

—Llámeme Lois, por favor, Rubén — dijo ella.

Rubén dio gracias al cielo de que el espeso cristal azulado de la escafandra impidiera a la joven ver el súbito enrojecimiento que se había apoderado de su rostro. Sin embargo, en lugar de acceder a lo que ella le pedía, recordó al instante su condición y dijo:

—La siento, señorita, pero no puedo.

«Lois comprendió al instante. Abrió la boca, como si fuera a insistir, pero, pensándoselo mejor, desistió de ello. Después, cambió el tema de la conversación y entablo otra, que no duró mucho, porque el español y Nkrumah aparecieron montados en un oruga, sobre el cual habían puesto un montón de bultos que de momento resultaron desconocidos para Rubén.

El joven adelantó un par de pasos.

—Nkrumah, ¿qué es lo que pensáis hacer? — inquirió.

Una risa siniestra le llegó a través de las ondas de la radio.

—Lo vas a ver ahora mismo, amiguito. ¡Suba a bordo, señorita! Y vosotros dos también, muchachos, ¡rápido!

Asombrados, obedecieron, trepando al oruga, el cual sin embargo, no recorrió más que unas cuantas docenas de metros, colocándose al pie de uno de los altísimos postes que sustentaban los enormes reflectores que ahora aparecían muertos y apagados. Nkrumah se tiró del tractor con un pesado paquete en las manos, que colocó en la base del poste, y luego volvió a subir, al mismo tiempo que el vehículo, conducido por el español, arrancaba de nuevo.

Se detuvieron en el otro poste, al mismo tiempo que el negro exclamaba:

—¡Miren hacia atrás!

Todos giraron los rostros, en el mismo momento en que una roja llamarada incendiaba la noche. El suelo trepidó sordamente y una nube de hielo y tierra saltó despedida a lo alto.

El poste sustentador vaciló unos segundos, luego se inclinó y empezó a caer, más rápidamente a cada segundo que pasaba, hasta que al fin chocó contra la tierra, doblándose de una forma absurda por efecto del impacto. El negro rió estruendosamente, evidentemente complacido por su hazaña.

—¡Y ahora... a los demás! Cuando ese perro de Jaffer vuelva por aquí, se va a divertir un poco, ¿no os parece, chicos?

En tanto que el oruga reemprendía la marcha, siempre en sentido circular, Lois y Rubén cruzaron una mirada, pero sin atreverse a hablar para que sus pensamientos no fueran, escuchados por los otros. Nkrumah, ayudado por Castillo, L'lan, se dedicó a una sistemática destrucción de todo el campamento minero, dinamitando todos los postes que sostenían los reflectores, así como el resto de los edificios y todas las máquinas-herramienta, cuyo tamaño era superior al de una pala.

Cuando terminaron, después de una larga hora de trabajo, el campamento era una completa ruina. Se habían necesitado muchos meses de viaje, además de los trabajos necesarios, para levantar toda aquello, pero sesenta minutos mal contados habían sido suficientes para destruirlo en forma tal, que no admitía otra reconstrucción que no fuera partiendo de cero, como al principio.

Cuando todo hubo terminado, Rubén preguntó:

—Dime Nkrumah, ¿te molestaría explicarme las causas por las cuales has destruido todo?

—Oh, no, mi querido amigo. Molestarme no me molesta. Lo que ocurre es... que no quiero, ¿sabes?

El joven notó una leve variación en el tono de las palabras de su amigo, y comprendió que el negro había dejado de serio ya, así como, muy posiblemente, Castillo y L'lan también. Decidió tener en cuenta tal contingencia, y estar prevenido para posibles eventualidades, entre las que no descartaba una lucha con el negro.

Se echó a reír.

—Me parece muy bien, Nkrumah — contestó —. Me supongo que estás aquí por encargo de alguien, con toda seguridad un rival de aquellos a quienes representaba Jaffer, y por lo tanto, consideras necesario guardar el secreto, ¿no?

El negro le arrojo una mirada oblicua.

—En tu lugar, Rubén, yo me abstendría de comentario alguno sobre este tema. Estabas condenado a reclusión de por vida; te has librado del presidio, ¿qué más puedes Pedir?

Rubén se enderezó.

—Tienes razón, Nkrumah; no puedo pedir más. —Y después de una corta pausa, añadió —: Supongo que ahora, a partir de este momento, tú tomas el mando de la expedición, ¿no?

—Supones acertadamente, Rubén —contestó el negro con sequedad.

—Entonces, ¿tampoco puedo preguntarte adonde nos llevas?

—Esa pregunta tiene su respuesta, amigo: ¡a la astronave de la Fortaleza!

Ahora ya no le cupo al joven la menor duda de las intenciones del negro, del cual eran evidentes cómplices Castillo y L'lan. Como el oruga tenia unos muy cómodos asientos para el transporte de pasajeros, se reclino en el suyo, en tanto que el español cerraba la cúpula que hacia estanco el interior del vehículo.

Cuando el indicador de presión hubo señalado la normal. Nkrumah se despojó de su escafandra, indicando a los demás hiciesen lo propio. Rubén vacilo.

Después de lo ocurrido, temió que el negro, en cualquier momento, le

hiciera objeto de una jugarreta, arrebatándole el casco, para así impedirle cualquier posible reacción. Pero viendo la indiferencia con que actuaba, decidió imitarle, aunque, eso si, manteniéndose alerta en todo momento, Sin separar su vista de las anchas espaldas de Nkrumah.

Cuando todos se hubieron acomodado el negro dijo:

—Castillo va a conducir el tractor, señorita Tootles, de acuerdo con sus indicaciones.

—Muy bien. Nkrumah. Puede ponerlo en marcha cuando quiera — contestó ella con sequedad, pues también se había percatado de la tensión que flotaba en el ambiente.

Nkrumah soltó una estentórea carcajada.

—Así se habla, señorita. ¡Vamos Ramón; dale ya!

El motor del artefacto ronroneó suavemente, y las orugas empezaron a morder el hielo, encaminándose a la pista en espiral que los llevaría fuera del cráter. Mientras tanto, Nkrumah, que pensaba en todo, buscó en el interior del vehículo, en la parte posterior e instalándose allí, con no poco disgusto de Rubén, que temía todo del negro, empezó a trabajar.

Al cabo de unos momentos ya tenía listas unas cuantas latas de conserva que repartió de modo equitativo.

—¡Muchachos! — dijo —. Coman sin miedo. En lo que a mi respecta, estoy tan hambriento que incluso transigiría con un filete de la carne de L'lan.

El centaurino se amosco.

—Yo no comería de la tuya, ¡maldito saco de carbón, ni aunque fuera mi única probabilidad de salvarme.

Por un instante, Rubén y Lois temieron un estallido de cólera del negro, cuyo apetito era tan enorme como el de un león, pero Nkrumah se limito a reír estentóreamente, palmeando con fuerza las espaldas de L'lan y haciéndole atragantar un bocado. L'lan tosió, escupió y renegó, pero acabó haciendo caso omiso del gigante de ébano.

Conducido por la hábil mano de Castillo, el oruga remontó en pocos minutos la amplia curva de la pista, saliendo fuera del cráter a la

helada superficie de Plutón. Una vez allí, Lois le indicó el rumbo. Y el español movió las palancas de dirección en el sentido deseado.

El vehículo avanzó rápidamente, despidiendo por sus cadenas sendas nubes de hielo pulverizado que caían prontamente al suelo. Sorteando valles y picos montañosos, se encaminó hacia su punto de destino, al cual llegó una hora más tarde.

Minutos antes de su llegada, Lois recomendó, no solo una reducción en la velocidad, sino la ocultación de las luces que les habían alumbrado durante todo el camino. Nkrumah halló muy sensato el consejo, y así los últimos metros hubieron de ser recorridos a paso de tortuga.

La astronave les apareció de pronto, surgiendo detrás de una enorme roca de varios centenares de metros de altura, brillando fríamente a la luz de los billones de estrellas que contestaban el cielo de Plutón. Enorme, recta y, sin embargo, de afiladísimas líneas, su fino trazado daba una gran sensación de fuerza y ligereza, todo a un mismo tiempo.

En el último trozo del recorrido, los ojos de los ocupantes del vehículo se habían acostumbrado lo suficiente para divisar claramente lo que ocurría en torno al mismo: además, el hielo del terreno proporcionaba un suplemento de iluminación que aumentaba el radio de visión. Ello les permitió divisar, en tomo a la astronave, cuatro o cinco figuras que se movían de modo apresurado.

CAPÍTULO IX

EL primero en reaccionar, comprendiendo instantáneamente lo que ocurría, fue el propio Rubén, de cuyos labios se escapó una orden perentoria, que no admitía dilación ni excusa alguna en su cumplimiento.

—¡Atrás! ¡Atrás rápido!

Ramón Castillo frenó en seco el tractor, invirtiendo la marcha del mismo en contados segundos. El vehículo retrocedió hasta hallarse al abrigo de la roca, y entonces los ocupantes del mismo celebraron un breve consejo de guerra.

—Muy posiblemente — dijo el joven —, serán Jaffer y los suyos. Estarán preparando la astronave…

—¿Con que fin? — le interrumpió Nkrumah secamente.

—Eso es lo que vamos a averiguar dijo Rubén.

—¿Tienes algún plan? — inquirió el negro, en tono especulativo.

—S¡, Debemos ir a pie, procurando sorprenderlos y desarmarlos. La nave esta al abrigo de este muro rocoso, que la protege contra posibles desprendimientos de masas heladas. Por el otro lado no esperaran recibir a nadie, de modo que contornearemos la roca y entonces caeremos sobre ellos.

—¿Y si se resisten? —sugirió L'lan.

Nkrumah mismo dio la respuesta, blandiendo con ferocidad su pistola.

—Les haremos probar el sabor de estos proyectiles — dijo, con tono maligno.

—No convendría matarlos tercio Rubén —. Entiendo que Jaffer y los suyos son mucho más útiles vivos que muertos. ¿no?

El negro entrecerró los ojos, mirando cuidadosamente al joven.

—Rubén, amigo mío. ¿que te traes entre manos? ¿Por que no te explicas de una vez?

El aludido no se dejó sorprender por el inesperado ataque de Nkrumah. Dijo:

—No me gustaría que se me llevaran la nave que me ha de sacar de este infierno. Al menos así pienso yo.

—Langdorff tiene razón — dijo inesperadamente Lois.

Nkrumah entonces se echó a reír.

—Muy bien — murmuró —: me parecen unos motivos muy adecuados. ¡Vamos. Ramón, da la vuelta!

El español puso en funcionamiento el tractor, haciéndole dar la vuelta al enorme macizo rocoso, lo cual les llevo sus buenos cinco minutos. Cuando el vehículo se hubo detenido, vació el aire de la cúpula estanca y todos, entonces, provistos de sus respectivas escafandras,

saltaron al exterior.

Rubén notó que el hielo crujía bajo sus pies, lo cual le dio cierta sensación de inseguridad que, no obstante consiguió dominar en seguida. Caminando precavidamente, como el resto de sus compañeros, se acercaron al lugar donde terminaba el muro rocoso, asomando solamente lo justo para poder ver sin ser vistos.

La astronave se hallaba a unos sesenta o setenta metros de distancia, y al pie de ella había un enorme oruga, el doble de tamaño que el que los había llevado hasta allí, del cual extraían varios bultos que eran izados a la parte superior de la astronave por medio de la plataforma elevadora. Un hombre se encargaba allí del manejo del artefacto y de la descarga de los bultos, en tanto que los otros hacían el resto.

El momento de la acción no tardó en llegar, tomó a Rubén de manera tan inesperada que casi no tuvo tiempo de hacer nada. Nkrumah y los otros dos, agitando sus armas amenazadoramente, echaron a correr hacia la astronave, al mismo tiempo que chillaban como indios en el sendero de la guerra, intimando a la rendición a los otros.

En el primer momento, Jaffer y los suyos se detuvieron, paralizados por la absoluta sorpresa que les suponía la presencia de aquellos hombres, para ellos totalmente desconocidos. Luego intentaron reaccionar, echando mano a sus pistolas, pero entonces ya era tarde.

La pistola de Nkrumah llameó, desintegrando instantáneamente a uno de los mineros. El que manejaba la cabría quiso disparar también, pero L'lan, habiéndolo prevenido, lo hizo desaparecer igualmente de un certero disparo.

Otro de los hombres de Jaffer echó a correr hacia el tractor. Consiguió llegar al puesto de control y aun ponerlo en marcha, pero el proyectil que salió la pistola de Castillo fue mucho más rápido.

Esfumado el hombre, el vehículo se detuvo en seco, cuando sus cadenas apenas habían recorrido dos metros.

Esto fue suficiente para los tres que restaban, los cuales, derrotados por completo, alzaron las armas. A través del transmisor, Rubén pudo escuchar la sarcástica risa de Nkrumah, plena de tonos de satisfacción.

—¡Magnifico, amigos, magnifico! — exclamó el negro, riendo a mandíbula batiente.

Se acerco a los otros y los desarmó, arrojando las pistolas sobre el

hielo.

Rubén, y Lois se fueron aproximando hasta el grupo. Nkrumah decía entonces:

—¡L'lan, hay que subir arriba y manejar la plataforma!... ¡Ardo en deseos de sostener una interesante conversación con estos caballeros!

—¿Qué es lo que quiere usted de nosotros? — preguntó Jaffer, a quien Rubén supuso, y con razón, bastante pálido.

—Lo mismo que usted quería antes de nosotros, amigo. Pero, como puede observar, las cosas han variado por completo. De todas formas, aquí no tengo ganas de hablar más; tiempo tendremos de sobra allá arriba.

L'lan trepó por los peldaños que salían de los costados de la nave y que en vuelo desaparecían en su interior, puesto que la plataforma había quedado arriba, y una vez hubo llegado a la escotilla de acceso, puso en funcionamiento la cabria, haciéndola descender.

Fue necesario que la plataforma hiciera tres viajes antes de que todos se encontrarán en el interior de la nave, en una atmósfera acondicionada y sin el engorro que suponían las escafandras. Jaffer y dos de sus secuaces quedaron en un rincón, fruncido el ceño, arrojando por sus pupilas largas miradas de cólera a quienes de aquel modo tan sorprendente e inesperado les habían hecho sus prisioneros.

Nkrumah, que era quien llevaba la voz cantante, buceó por las profundidades de la nave, hasta hallar una botella y unos vasos, que deposito sobre una mesa. Sirvió licor y alargó dos de ellos a Rubén y Lois, así como cigarrillos, que la pareja encendió en silencio.

—¡Beban y fumen, amigos! —dijo—. Sobre todo, para un convicto, después del infierno que ha pasado, esto debe parecerle la gloria, ¿no?

—Depende del punto de vista de cada uno, ¿verdad, Nkrumah — dijo Rubén.

—Por supuesto. Y ahora, con su permiso, señorita Tootles...

El negro se volvió hacia sus prisioneros.

—Jaffer, usted declaró antes que no nos mataba porque esperaba ordenes superiores. ¿De quién?

Los labios del cautivo se convirtieron en una delgada línea casi blanca.

—Me niego a contestar — dijo.

¡Slash!

La pesada mano del negro cayó sobre el rostro de Jaffer, cuya cabeza se dobló hacia atrás violentamente. Jaffer vaciló y hubiera caído a no ser sostenido por el mamparo de metal que tenía a su espalda.

Lois lanzó un grito y, sin poderse contener, se arrojó sobre el negro, asiéndose con ambas manos a su poderoso brazo, con lo cual contuvo el segundo golpe que Nkrumah estaba dispuesto a descargar ‘ sobre Jaffer.

—¡Quieto! — gritó ella . ¡Quieto bruto! ¿No ve que es un hombre inerme el que tiene en sus manos? ¿No sabe comportarse en ningún momento como las personas?

Nkrumah mantuvo un instante el brazo en alto; luego lo sacudió ligeramente, y Lois salió rebotada a un lado.

—¿Cree usted que él se hubiera portado de otro modo conmigo, de estar en situación inversa? ¡Déjeme a mí en paz; yo sé lo que me hago!

—Aunque así fuera — exclamó ella, sin acobardarse —, usted no puede portarse como lo hace. Eso es propio de gentes salvajes y sin civilizar y usted posee la suficiente educación para obrar como lo hacen las personas.

—Mire, señorita Tootles — respond¡ó Nkrumah, armándose de paciencia —; por enésima le repito que yo sé lo que me hago, y la recomiendo, además, que no se meta en mis cosas.

Los ojos de Lois llamearon de indignación.

—¡Tendré que recordarle entonces su condición de presidiario, Nkrumah! Y no olvide que yo sigo siendo todavía el alcaide de la penitenciaria, y el alcaide aquí, es la máxima autoridad, ¿me comprende usted?

—Eso ya pasó. Ahora soy un hombre libre, y no tengo que obedecer ordenes de nadie. Si no le gusta lo que voy a hacer, váyase fuera de aquí... o tírese de la nave abajo, lo mismo me da.

Un denso silencio sucedió a las palabras de Nkrumah, el cual,

creyendo zanjada la cuestión, volvió la espalda a la joven, dispuesto a proseguir el interrogatorio de Jaffer. Pero entonces, Lois desenfundo su pistola y exclamó, autoritaria:

¡Nkrumah!

El negro giró en redondo y en su rostro se pudieron ver, agrandadas por la sorpresa, sus grandes pupilas, rodeadas por un ancho circulo que parecía,

Por el contraste, aun más blanco. Su rostro tomó un tinte oliváceo al ver el arma en manos de la joven, directamente encarada a su cuerpo, pero dominándose casi en el acto, preguntó:

—Oiga, guapa. ¿qué es lo que pretende usted hacer?

—Solo una cosa. Nkrumah, solo una cosa: levante la mano por segunda vez contra Jaffer, y le juro que disparo. No he consentidlo jamás los malos, tratos, por mucho que se lo haya merecido el individuo a quien ha intentado aplicárselos, y no voy a variar esta norma ahora.

Nkrumah sonrió aviesamente.

—¿Malos tratos? — repitió —. Escuche. Y aquellas descargas de gravedad que usted acostumbraba a soltar a los convictos de la Fortaleza. ¿qué eran, quiere decírmelo?

Lois enrojeció.

—El caso es muy distinto. Se necesitaba reducir a un penado rebelde, nada más.

—Yo no sé hacer unos distingos tan sutiles, señorita. Lo mismo me da una descarga de gravedad que una bofetada. Además. ¿sabe usted acaso si este tipo no se la merece?

—No tengo ganas de seguir la discusión. ¡Apártese de ahí o...!

La voz de la muchacha fue interrumpida súbitamente por un grito de dolor y sorpresa, salido de su propia garganta. Sin que ella se diera cuenta, entretenida por la charlatanería de Nkrumah, L'lan se le había acercado por detrás y, en el momento oportuno, le había golpeado con el filo de su mano la muñeca armada, La pistola rebotó metálicamente en el suelo, y antes de que ella pudiera recuperarla, L'lan la alejó al lado opuesto de un fuerte puntapié.

—¡Bravo L'lan! — rió el negro. Así actúan los hombres.

Lois no quiso reaccionar; cruzando los brazos, se quedó inmóvil, mirando con expresión desdeñosa a Nkrumah. Este, tras breves momentos de reflexión, dijo:

— L'lan, llévate a la chica a la cámara de al lado.

Así sus ojos no se ofenderán con mis acciones. ¡Ah, y a Rubén también; este me parece que está más de acuerdo con ella que conmigo! ¿No es así, amiguito?

—Es una pregunta difícil de contestar… por ahora — repuso el joven, entregando la pistola a L'lan, ante los requerimientos de este.

Empujados por el centaurino, pasaron a la cámara inmediata, cuya puerta cerro L'lan con llave. Una vez se hubieron quedado solos, Lois miro con desprecio a Rubén.

—Esperaba que usted me hubiera ayudado. Langdorff. ¿Que le pasó? ¿Acaso estaba de acuerdo con ellos?

Una suave sonrisa apareció en los labios del joven.

—¿De acuerdo con esa tonelada de carbón? Ya ve lo que me ha ocurrido; no se fía de mi, y me encierra para tener, con sus compinches Castillo y L'lan, las manos libres.

Lois dejó que desapareciera la tensión de su rostro, pero sin que se borrase del mismo la expresión de seriedad que en él había. Caminó unos cuantos pasos y apoyó los codos en el saliente interno de la lucerna que allí había.

—No entiendo nada — dijo al cabo de un rato, suspirando profundamente —. No entiendo nada, si le he de ser franca, Langdorff. Sé, de antiguo, que hay muchos y muy poderosos intereses empeñados en hacer desaparecer la Fortaleza Negra. pero…

Lois calló. Entonces él dijo:

—¿Acaso es usted una de las personas empeñadas en su sostenimiento?

La muchacha se volvió rápidamente.

—No. Pero mi deber…

—Deje su deber en paz — la, interrumpió él ásperamente —. Piense dentro de si misma y dígame si hoy día se puede concebir un centro de castigo como la Fortaleza. Ni siquiera los hebreos padecieron tanto bajo el látigo de los capataces del Faraón cuando erigían a éste su pirámide.

—Yo no la construí — exclamó ella, muy digna y ofendida.

—Nadie la ha confundido con un albañil, señorita — repuso él irónicamente —. A lo que sí tengo derecho es a manifestar mi extrañeza por hallar una mujer joven… y hermosa al frente de un centro tan horrendo como ése.

—Supongo que no le importará que le diga que es cuestión exclusivamente mía, ¿verdad?

—Por supuesto, pero siempre seguiré extrañado.

Los dos se miraron unos momentos fijamente; después ella dijo:

—Está bien; se lo diré… aunque no tiene nada de importancia. Estudié Derecho y Ciencias Sociales, pero quería graduarme con los máximos honores, y para ello deseaba presentar una tesis doctoral algo fuera de lo corriente. Entonces me ofrecieron este encargo, porque nadie lo quería, y lo acepte. Me fijé un plazo de dos años, como máximo, de los cuales sólo han transcurrido unos quince meses.

—¿Y no tiene bastante con lo que ya ha pasado?

Ella suspiró.

—Por supuesto; pero me hubiera considerado indigna de mi misma, si no hubiera sido capaz de llegar al plazo fijado.

—Y después, ¿cuáles son sus planes?

Lois se encogió de hombros.

—Recibir mi doctorado y…

—¿La política acaso?

—Pudiera ser; aunque no estoy segura de ello.

Rubén meneo la cabeza.

—La verdad, estoy acostumbrado a ver las mujeres rigiendo puestos

de importancia, y no soy de los que opinan que han de limitarse a las cosas propias de su condición; pero antes marchaba mejor el mundo cuando el hombre se preocupaba del sustento y la mujer de la cocina y de los hijos.

— ¡Yo no soy de ésas! — declaró ella vivamente —. Yo quiero vivir mi propia vida...

—¡Bah! ¡Tonterías! — refunfuñó el —. Un día se cruzarán en su camino los ojos de un hombre, los suyos bailarán y llegara a olvidarse incluso de que se doctoró en Ciencias Sociales, y no habrá mujer más feliz que usted cambiándole los pañales al retoño de turno.

Ella enrojeció vivamente y no supo replicar más que con un «¡Oh!», que hizo sonreír al joven. Pero después, deseando cambiar de conversación, exclamó:

—Usted ha estado hablando de los deberes femeninos, pero en la parte que le tocó, como perteneciente al género masculino, hace unos momentos ha desempeñado un papel harto ridículo. Ni siquiera se movió cuando me vio amenazar a ese bárbaro de Nkrumah.

—Tengo por costumbre no inmiscuirme en los asuntos de los demás, cuando el hacerlo puede reportarle dañosos perjuicios a mi querido pellejo — repuso, con sarcasmo.

—Esas prevenciones podrían ser calificadas de otra manera — le reprochó ella acremente.

—¿Por ejemplo?

—Cobardía.

La palabra azotó el rostro de Rubén, como si hubiera sido un latigazo real y no metafórico. El joven enrojeció unos momentos, en manto que sus manos se crispaban, pero luego distendió sus músculos y volvió a sonreír.

—Está en su derecho al llamarme cobarde, señorita Tootles. Yo — y subrayó el pronombre —, no olvido en ningún momento mi condición. Pienso siempre que soy un presidiario condenado al encierro de por vida y usted es mi alcaide.

—Lo siento — dijo ella arrepentida —. No era mi intención..., pero se me escapo sin querer.

—¡Bah! — agitó ella mano —. No importa.

Hubo un momento de silencio. La cámara era estanca también a los sonidos, de modo que no podían oír lo que pasaba al otro lado de la misma. De pronto, Lois sintió temor y, sin poderse contener, cruzó la estancia, tomando las ropas del joven por el pecho.

—¡Oh, Langdorff! ¡tengo miedo! ¿Qué va a ser de nosotros? Ahora veo claro que Nkrumah y sus compinches son agentes de alguien que desea abrir una explotación minera. Ésta producirá beneficios incalculables, pero para obtenerlos es preciso antes luchar mucho, incluso con perdida de vidas humanas, como ya ha ocurrido. ¿Que cree uses que harán con nosotros?

Rubén tomó las manos de la muchacha y las encontró frías como el hielo.

—No lo sé, aunque tengo un resto de confianza en que Nkrumah acabe soltándonos. De todas formas, si llegara lo peor...

Rubén no pudo continuar, porque, de pronto, la puerta se abrió y el negro, como si hubiese sido invocado apareció en ella bruscamente.

La pareja se separó al instante. Pero Nkrumah no pareció reparar en tal detalle. Por el contrario, Rubén apreció que la cólera invadía el corazón del gigante y que las palabras le eran difíciles de articular.

—¿Quien ha sido el último... que ha utilizado este cascajo?

—¿Que ocurre ahora, Nkrumah? — inquirió Rubén, conciliador.

—Nada, ¡maldición! Nada, excepto que lo hay manera de arrancar de aquí.

CAPÍTULO X

El rostro de Nkrumah indicaba, bien a las claras la decepción que sentía al verse sujeto a la tierra, en lugar de remontarse al espacio, hacia un lugar ignorado por los dos jóvenes. Y, por su parte, Rubén disimuló la sorpresa que le causaba el hecho de que, aparentemente, el negro tuviera las suficientes nociones de astronáutica como para saber que el artefacto no podía despegar de allí. Sin embargo, en los

últimos tiempos había visto ya tantas cosas que una más, realmente, no podía, asombrarle.

—¿Podríamos ir nosotros a ver de que se trata? — preguntó cortésmente.

El negro le miró suspicazmente.

—¿No intentarás hacerme una jugarreta, Rubén? — preguntó.

—Somos tus amigos, ¿no? — contestó el joven, avanzando y echando a un lado a Nkrumah, el cual no le opuso ninguna resistencia, como asimismo tampoco a Lois.

Seguidos por el negro y observados especulativamente por Castillo y L'lan, la pareja se dirigió a la cámara de mandos, donde se sentaron en los grandes sillones que había frente a los cuadros de pilotaje. Puesto que Lois también sabia manejar el aparato, ella fue la que movió los distintos controles que habrían de poner sus motores en funcionamiento: mas a pesar de haber hecho la maniobra correcta, no consiguió nada positivo.

Volviéndose en su asiento, Lois alzo la cabeza y miró al negro.

—Lo siento, Nkrumah — dijo—, no hay nada que hacer.

El gigante ahogó una maldición.

—¿Que diablos pasa? ¿Quién ha estropeado este cacharro?

La joven vaciló unos momentos.

—Por mi parte, y aun exponiéndome al riesgo de un posible error, diría que están rotas las conexiones de los mandos con los motores.

—Bueno, entonces se vuelven a empalmar, y todo arreglado.

—Si no es mala idea — dijo Lois —, excepto... — y se calló.

—Excepto ¿qué? — gruño Nkrumah —. ¡siga, diablos! , no se interrumpa.

—Pues que esta nave es de las del tipo antiguo, o sea que tiene motores a base de fisión nuclear. Si las conexiones están rotas al otro lado de la cámara de blindaje, no podremos hacer nada.

Un denso silencio sucedió a las palabras de la joven, tan espeso, que

hubiera podido cortarse con un cuchillo. De pronto, Nkrumah empezó a jurar y a renegar, llenando con el estruendo de sus palabrotas todo el ámbito de la cámara.

—¡Basta ya! — gruñó Rubén, descontento —.

Nkrumah, recuerda que estás delante de una señorita.

—¡Vete al diablo…! Bueno, tienes razón; he perdido los estribos y… ¿Que diablos podríamos hacer para subsanar la avería?

—Nada — contestó ella fríamente —. Nada, a menos que tengamos un traje aislante contra las radiaciones. De lo contrario, penetrar en la cámara a cuerpo limpio es exponerse a sufrir una descarga de neutrones que podría ser mortífera en escasas horas.

Un escalofrío de miedo recorrió la epidermis de tres de las personas que estaban allí. Nkrumah, Castillo y L'lan se miraron, pero ninguno de ellos se decidió a dar un paso.

Al fin, Nkrumah preguntó:

—Señorita Tootles, ¿no sabe usted quien ha podido hacer tal cosa?

Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—No. Si le he de ser franca, ésta es la primera vez que veo la astronave de emergencia desde que me encuentro en Plutón. Ignoro en absoluto quién es la persona que ha podido romper las conexiones de enlace.

—¿Jaffer acaso? — sugirió Castillo.

—¡Imbécil! ¿Como iba a ser él, si también pensaba largarse con la astronave? Aunque…

Nkrumah se interrumpió de pronto, sonriendo malignamente. Exclamó:

—¡Hombre, Castillo! ¿Sabes que me has dado una buena, magnifica idea?

—No sé a qué te refieres — dijo el español, un poco molesto por la expresión de su compañero.

Nkrumah les dio una orden y Castillo y L'lan se dispusieron a cumplimentarla. Pocos minutos mas tarde llevaban o la cámara a

Jaffer y sus dos secuaces.

Nkrumah se plantó frente a ellos. Rubén observó que el rostro de Jaffer estaba amoratado a consecuencia de los golpes recibidos, pero el verlo con vida le indicó claramente que el hombre había resistido a las presiones ejercidas sobre él. Pero hubo de prestar atención a las palabras del negro.

—Escuche, Jaffer, le voy a dejar libre, pero con una condición.

—Dígala y veré si puedo aceptarla contesto cautamente el minero.

—Ya lo creo — rió Nkrumah —; no tiene otra salida, de modo que… Bien, lo que preciso de usted es lo siguiente: las conexiones de los controles de arranque con los motores están rotas, pero dentro de la cámara blindada. Si usted me las arregla, le prometo solemnemente dejarle partir al instante.

El rostro de Jaffer tomó al instante el color de la ceniza.

—Usted quiere matarme — dijo espantado.

—Nada de eso; lo único que deseo es largarme de aquí cuanto antes, y usted va a ser el medio que voy a emplear para ello. ¿Que contesta?

—¡No! — contestó Jaffer.

Los ojos de Nkrumah brillaron con un fulgor demoniaco.

—Está bien. Entonces le voy a llevar, a usted y a sus compinches a la esclusa de acceso a la nave. La iré abriendo poco a poco y…

Gruesas gotas de sudor aparecieron en el rostro de Jaffer, pero ni así cedió.

—Siempre será una muerte más rápida que no de la otra forma, empapado en radiactividad hasta el tuétano de los huesos — dijo.

Nkrumah se encogió de hombros.

—Bueno, ¡allá usted! A fin de cuentas, cada uno es libre de escoger el medio de muerte que más le agrade. ¡Castillo, L’lan,

—Si. Nkrumah — contestaron los aludidos al unísono, empujando a los desgraciados fuera de la cámara.

Pero de pronto, uno de ello, aterrorizado, espeluznado por la idea de

verse poco a poco sumido en el vacío sideral, levantó la mano.

—¡Esperen! — gritó.

Todos se detuvieron, mirándole.

—¿Que le ocurre, amigo? ¿Cambió de idea? — preguntó el negro.

El sudor corría por las mejillas del individuo y sus labios estaban blancos como el papel, pero tuvo las fuerzas suficientes para mover la cabeza de arriba abajo.

—sí — dijo.— Yo iré a la cámara de energía, a ver de que se trata Pero quiero la promesa solemne de...

—La tiene — le interrumpió Nkrumah —. Y yo siempre mantengo las promesas que hago.

—¡No! — gritó Jaffer —. ¡No lo hagas, Belsey! Les repararás la avería y luego este saco de carbón te echará a los hielos.

—¡Estúpido! — dijo Nkrumah, y golpeó duramente la mandíbula de Jaffer, el cual cayó al suelo, completamente inconsciente —. ¡Vamos, usted, Belsey!, haga lo que prometió!

El aludido se humedeció los labios con la lengua. Dijo:

—De todas formas, déme una escafandra de vacío. Siempre tendré un aislamiento mayor que no yendo vestido de esta manera.

—Una petición muy justa — asintió Nkrumah, mirando a sus cómplices.

El español tomó por el brazo a Belsey y se lo llevó.

El tiempo empezó a pasar lentamente en la cámara. Lois, entonces, dio media vuelta al interruptor del contador Geiger, estudiando atentamente la aguja, marcadora, que permaneció inmóvil unos minutos.

Nadie hablo en aquel tiempo; todos tenían la vista fija en la esfera indicadora, cuya aguja no se movía.

De pronto, ésta dio un pequeño salto. Lois dijo en voz baja:

—Ya han abierto la puerta del blindaje.

El indicador de radiactividad aumentó la cifra señalada. La muchacha puso en marcha entonces los marcadores de los motores, aguardando el momento, que los aparatos mismos señalarían, que el desperfecto estaba reparado. Rubén, a su lado, la observaba atentamente y aún notó más.

La muchacha llevaba los negros cabellos, que eran bastante largos, recogidos en un gran moño tras la nuca. De vez en cuando, Lois echaba las manos atrás, como arreglándoselo con instintiva coquetería. Pero a lo que podía ver, el tocado de Lois era impecable y no le hacían falta aquellos arreglos. ¿Qué hacia...?

El tiempo continuó pasando lentamnente, sin que en los instrumentos se viera otra cosa que un débil aumento de la radiactividad. Rubén sintió una infinita compasión por el hombre que se habla arriesgado a una horrible muerte, para evitar otra aún más horrible. Jaffer se había sentado en el suelo y miraba con ceñuda expresión al centaurino, el cual, a su vez, no dejaba ni por un instante de encañonarlo con su arma. .

Inesperadamente, un timbre chirrió en la cámara. Todos se sobresaltaron al oír el estridente sonido. Nkrumah se abalanzó sobre el cuadro de mandos, estudiando los instrumentos. Una ancha sonrisa de satisfacción apareció en su enorme rostro.

—¡Ya está reparada la avería! — exclamó . Ahora podremos largarnos y...

—¡Cuidado! — gritó L'lan.

El negro soltó una maldición. Rubén giró la cabeza, viendo a Jaffer que se habla abalanzado sobre el centaurino, aprovechando el momento de descuido que el timbrazo había provocado en este. Los dos hombres luchaban ferozmente, intentado hacerse con la pistola.

Nkrumah se abalanzó sobre ambos contendientes, intentando separarlos. Pero entonces le saltó al cuello el otro cómplice de Jaffer, estorbándole la acción.

Una feroz pelea se trabó entonces en el interior de la cámara. Rubén tomo a Lois por el brazo, escondiéndola detrás de los sillones, tratando de resguardarla de las posibles consecuencias de un disparo desintegrante hecho al azar. Mientras, las dos parejas continuaban luchando sin dar ni pedir cuartel.

Una vivísima llamarada estalló durante una centésima de segundo.

Cuando el fogonazo se hubo disipado, Rubén comprobó que L'lan había sido volatilizado.

Pero mientras tanto, Nkrumah y el otro habían continuado luchando. Al fin, el negro, infinitamente más poderoso que su antagonista, se desprendió de éste, arrojándolo con terrible fuerza contra el mamparo más próximo. Se oyó un fuerte chasquido de huesos y el minero quedó tendido en el suelo, completamente inmóvil, con el cuello torcido en una imposible postura.

En el mismo instante. Nkrumah se disponía a lanzarse sobre Jaffer, pero se detuvo en seco al verse encañonado por la pistola que este había arrebatado al desaparecido L'lan.

—¡Quieto, negro, quieto o te abraso! ¡Levanta las manos… así… muy bien…!

Los dientes de Nkrummah chirriaron de rabia, de tal modo, que pudo oírse claramente el sonido en la estancia.

—¡Maldito!

—No insultes, que no estas en condiciones para ello, saco de carbón. Ahora mismo voy a hacer contigo lo que tú pretendías hacer con nosotros. Ya me dirás que tal se está al fresco de ahí fuera, ¿verdad? Tienes la sangre demasiado caliente y eso no te conviene. ¡Andando, negro!

Nkrumah vaciló unos momentos, y luego, con paso renuente, las manos encima de su cabeza, empezó a andar. Franqueó el umbral de la puerta y no hizo el menor signo de haber advertido que al otro de ella se encontraba su cómplice Castillo.

Jaffer salió también, incautamente, y al momento algo le golpeo la cabeza, haciéndole desplomarse al suelo por segunda vez. Nkrumah, ciego de rabia, se volvió, pataleándole las costillas sin compasión, en tanto que le escupía horribles insultos.

Cuando al fin se hubo calmado, ordenó:

—¡Sácalo a la exclusa, Castillo! ¡Ahora mismo!

Lois lanzó un grito.

—¡No, no! ¡Usted no puede hacer eso, Nkrumah!

—¿Que no?. — rió siniestramente el negro. —.Ahora mismo lo va a ver.

Lois se volvió, escondiendo la cabeza en el pecho de Rubén, el cual la tomó en sus brazos, tratando de calmar los sollozos que sacudían el esbelto cuerpo de la muchacha. Permanecieron así hasta que Nkrumah apareció de nuevo en la cámara, frotándose las manos de satisfacción.

—¡Ya esta! — anuncio, la mar de contento, indiferente ante la horrible suerte que había hecho parecer a Jaffer.

—¿Qué piensas hacer con nosotros ahora, Nkrumah? — preguntó Rubén.

—Lo siento, chico. Eres un buen amigo y ella, en medio de todo, me ha caído pero no puedo llevaros con nosotros. Os dejaré ahi abajo y ya vendrán a socorreros.... aunque también podréis regresar a la Fortaleza.

—Sabes que, si hacemos eso, Fuller y sus compinches nos mataran — arguyó el joven.

Nkrumah se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no puedo hacer más... ni tampoco llevaros con nosotros. Seguidme; habéis de colocaros las escafandras.

Rubén y Lois se consultaron con la mirada y, resignándose, pues no podan hacer otra cosa, hicieron lo que se les ordenaba. Una vez vestidos, Nkrumah les colocó en la esclusa.

Les habló por medio de un micrófono.

—¡Adiós, amigos! — dijo —. Realmente os había llegado a tener cariño... pero los negocios no admiten sentimentalismos. Os deseo mucha suerte, sinceramente.

Descendieron abajo, en la plataforma, junto con Belsey. Una vez hubieron pisado el suelo, percibieron en sus oídos la voz de Nkrumah.

—¡Apartaos de ahí! No es conveniente que estéis muy cerca de los chorros cuando pongamos los motores en marcha.

Lois, Rubén y Belsey hicieron lo que se les decía, retirándose a bastante distancia del muro rocoso junto al cual se hallaba la astronave, En tanto, que caminaban, la pareja percibió una risa

sarcástica, cuya procedencia, en los primeros momentos, no supieron adivinar.

Pero no tardaron Mucho en saber quién se reía. Belsey lo hacía y de muy buena gana.

—¿Qué le ocurre, amigo?

—Nada — dijo Belsey —. Nada... excepto que ese saco de carbón y su compañero van a llevar dentro de unos momentos un estupendo chasco. Ahora me estoy riendo, pera dentro de un rato voy a tener revolcarme por el suelo.

Rubén le miró como si se hubiera vuelto loco, pero supo que Belsey decía la verdad, y se espantó al conocer el interior de la retorcida mente de aquel individuo, Belsey estaba condenado irremisiblemente, pero no iba a morir sin antes tomar cumplida venganza del, hombre que lo había llevado a la peor de las muertes.

De pronto, cuando empezaban a salir por las toberas de la nave unas pálidas llamas que indicaban que los motores habían sido puestos en ignición, Lois lanzó un agudo grito.

—¡Mira, Rubén!

El joven siguió con la vista la dirección que le señalaba el índice de la muchacha y vio a lo lejos el reflector de un oruga que se aproximaba a aquel lugar a toda velocidad. Expresó en voz alta sus sospechas.

—Deben de ser Fuller y su pandilla —aprensivo, temiendo las posibles represalias del jefe de los guardias de la Fortaleza.

El rugido de los chorros aumentó, fundiendo el hielo del suelo. Espesas nubes de vapor ocultaron la base de la astronave, la cual empezó a oscilar levemente, separándose del suelo. El tractor se aproximó más todavía.

Poco a poco, la nave fue ganando altura, aunque con terrible lentitud. Rubén se imaginó a Nkrumah luchando ferozmente con los mandos, allá arriba, sin comprender del todo los motivos por los cuales la nave tardaba tanto en arrancarse a la terrible gravedad plutoniana.

El oruga se detuvo, frenando seco junto al lugar en donde yacía el cuerpo de Jaffer. Rubén, Lois y Belsey vieron a cuatro hombres descender del artefacto, amenazando con los puños a la nave, ya a algunos centenares de metros de altura, arrojando torrentes de fuego

por sus toberas.

De pronto, los componentes de aquel grupo divisaron a Rubén y sus compañeros.

—¿Quiénes sois? ¿Que hacéis ahí? — oyeron la voz de Fuller, claramente, a través de los micrófonos.

—Soy el alcalde — declaró la joven orgullosamente —, y le intimo a entregarse y reducir a sus cómplices, Fuller, antes de que sea demasiado tarde.

El jefe de los guardias rió sonoramente.

—¡No sea boba, Lois! Tengo otras cosas mejores que hacer que cuidarme de un par de millares de convictos.

—No se como las va a hacer, sin disponer de una nave, Fuller — contestó la muchacha —. Tendrá, que volver a la Fortaleza y...

Lois calló porque, en aquel momento, sintió la mano de Rubén oprimirle el brazo. Entonces vio algo que le heló la sangre en las venas.

Y comprendió por que Belsey había reído de modo tan siniestro y satisfecho al mismo tiempo. La astronave, en lugar de remontarse, descendía.

Perdía altura lentamente, pero con la suficiente rapidez para saber que el choque, si bien no la causaría desperfectos de importancia, tampoco iba a ser agradable para los dos forajidos que se hallaban en el interior. Las toberas enviaban chorros ingentes de fuego al espacio, sin conseguir nada positivo.

Fuller y sus cómplices, espantados por la catástrofe que se les venía encima, huyeron atropellándose, tratando de alcanzar el oruga que les había llevado hasta allí. Pero era ya demasiado tarde.

Lois y Rubén contemplaron, con ojos dilatados por el espanto, la catástrofe. La nave, en su descenso, se había desviado algo del punto de partida, y una de sus aletas, chocando con el muro rocoso, la hizo perder la estabilidad vertical.

El enorme huso osciló unos segundos en el vacío, desplomándose luego a un lado y levantando una enorme cortina de hielo pulverizado al chocar contra el suelo. Mientras tanto, Fuller había conseguido

poner en marcha el tractor y trataba de huir de allí a toda velocidad.

Ya no tenía tiempo para ello. La astronave, una vez caída, rodó como un gigantesco cilindro, volteando rápidamente como consecuencia del impulso adquirido, en tanto que por los eyectores continuaban saliendo azuladas llamas que iluminaban la escena con lívidos resplandores.

Aquel enorme cilindro, de más de quince metros de grueso, alcanzó en un par de segundos al tractor y pasó por encima de el, como un gigantesco rodillo. Un instante se oyeron los feroces aullidos de Fuller y sus tres compinches, y luego estos gritos se apaga ron bruscamente.

La nave se detuvo veinte o treinta metros más allá, en tanto que sus motores se iban apagando. Tras ella, reducida a una masa informe, casi completamente plana, había quedado el oruga, conteniendo los cuerpos destrozados de los cuatro ambiciosos.

* * *

En el despacho de Lois, y mientras los médicos de la Penitenciaria aplicaban a Belsey un tratamiento de inciertos resultados, puesto que había pasado ya mucho tiempo, Lois miró al joven.

—Y ahora. Rubén — dijo la muchacha —. ¿querrás explicarme tu presencia aquí? Porque supondrás que, una vez te he conocido, no he creído nunca fue ras un convicto auténtico, ¿verdad?

El se echó a reír.

—Tienes razón — dijo —. Como Nkrumah, como Castillo, como Griever, yo también fingí ser un condenado, aunque por motivos distintos y aun opuestos a los de ellos. Tengo el encargo del Gobierno de redactar un informe sobre las condiciones de vida en esta Penitenciaría y las posibilidades de su supresión. Últimamente, los periódicos habían chillado mucho, considerándola, razonablemente, como una vergüenza de nuestro Sistema, y el Gobierno, al fin, se ha decidido a tomar cartas en el asunto. Al mismo tiempo estaba encargado también de investigar sobre los prospectores clandestinos. El Gobierno quiere abrir Plutón a la colonización minera, pero sólo a empresas que le merezcan garantía.

—¿Y entonces Fuller y los otros...?

—Todos eran agentes de sus respectivas compañias, que luchaban por apoderarse de las concesiones que sabía iba a otorgar el Gobierno. Pero mi informe, con respecto a estas empresas, que no han vacilado en utilizar la muerte violenta como medio para conseguir su fin, será, puedes comprenderlo, rotundamente negativo.

Lois asintió, profundamente pensativa. Dijo:

—Así, pues, no mataste a tu mujer...

—No, aunque en el primer momento, las pruebas estaban en contra mía. Sin embargo, conseguí demostrar mi inocencia y aun detener el culpable, pero entonces, como ya estaba nombrado investigador, aunque lo hubiera hecho de forma más clara y sin subterfugios, solicité venir como condenado, para llevar mejor mi plan a buen puerto. El verdadero asesino fue ejecutado sin publicidad.

Lois movió la cabeza afirmativamente. Guardó un poco de silencio y después murmuro:

—También Mackera era agente de otra compañía. Pero si ni Fuller ni ninguno de sus cómplices lo mató. ¿quién fue?

—Nkrumah. Como pudiste ver, Nkrumah sabía manejar una astronave. Por lo tanto, no le hacía ninguna falta un piloto que, además, era un competidor. Por eso lo suprimió, sabiendo, además, que la acción provocaría un motín que iba a favorecer sus planes como en efecto así ha sucedido.

—Entiendo— dijo ella —. Y ahora... ¿que vas a hacer, Rubén?

El joven vaciló unos segundos. Pero entonces, su vista, a través de la ventana, captó algo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa.

—¡Mira, Lois!

La joven obedeció. En el negro cielo de Plutón se veían los rojos escapes de tres o cuatro astronaves que iban a descender en las inmediaciones de la Fortaleza.

—¿Qué clase de naves son? — pregunto él suspicazmente.

La muchacha, entonces, se volvió de espaldas y comenzó a deshacerse el moño. Rubén la miró, estupefacto, y los ojos estuvieron a punto de saltársele de las órbitas cuando vio aparecer allí una minúscula cajita, cuya utilidad, de momento, no supo comprender.

Lois se la enseñó un instante, y luego la depositó sobre la mesa.

—Es un diminuto transmisor de ondas milicrométricas, que emite una señal determinada, que solo puede ser captada por las astronaves de la Patrulla del Espacio. Ahora llegan y me ayudarán a restablecer la disciplina.

Rubén se acercó a la muchacha y la tomó en sus musculosos brazos, sin que ella opusiera la menor resistencia.

—Escucha, Lois, y en lugar de tener bajo tu mano dos o tres mil convictos, ¿no te parecería mejor uno solo? ¿Uno solo… para toda la vida?

—¿Ya me obedecerás, Rubén? — preguntó ella, con la risa en los ojos.

—Dame una orden y lo verás.

—Entonces, Rubén…

Pero la orden no la dieron los ojos, sino los labios de la muchacha. Y, naturalmente. Rubén obedeció al instante.

FIN